

5-1-2011

Cela y Pascual: vidas con puntos de encuentro

Irma Ines Villadiego

Southern Illinois University Carbondale, ivilladi@lycos.com

Follow this and additional works at: <http://opensiuc.lib.siu.edu/theses>

Recommended Citation

Villadiego, Irma Ines, "Cela y Pascual: vidas con puntos de encuentro" (2011). *Theses*. Paper 582.

This Open Access Thesis is brought to you for free and open access by the Theses and Dissertations at OpenSIUC. It has been accepted for inclusion in Theses by an authorized administrator of OpenSIUC. For more information, please contact opensiuc@lib.siu.edu.

CELA Y PASCUAL: VIDAS CON PUNTOS DE ENCUENTRO

by

Irma I. Villadiego

B.S., Universidad del Norte, 1982
Specialist., Universidad del Norte, 1988

A Thesis
Submitted in Partial Fulfillment of the Requirements for the
Master of Arts Degree

Department of Foreign Languages and Literatures
in the Graduate School
Southern Illinois University Carbondale
May 2011

Copyright by Irma I. Villadiego, 2011
All Rights Reserved

THESIS APPROVAL

CELA Y PASCUAL: VIDAS CON PUNTOS DE ENCUENTRO

By

Irma I. Villadiego

A Thesis Submitted in Partial
Fulfillment of the Requirements
for the Degree of
Master of Arts
in the field of Spanish

Approved by:

Dr. Jennifer Smith, Chair

Dr. Lourdes Albuixech

Dr. Alejandro Cáceres

Graduate School
Southern Illinois University Carbondale
April 5, 2011

AN ABSTRACT OF THE THESIS OF

IRMA I. VILLADIEGO, for the Master of Arts degree in SPANISH, presented on APRIL 5, 2011, at Southern Illinois University Carbondale.

TITLE: CELA Y PASCUAL: VIDAS CON PUNTOS DE ENCUENTRO

MAJOR PROFESSOR: Dr. Jennifer Smith

Al analizar las memorias del escritor español Camilo José Cela, *La rosa* (1953) y *Memorias, entendimientos y voluntades* (1993) y las memorias de su personaje, Pascual Duarte en la novela *La familia de Pascual Duarte* (1942), he encontrado que cada uno de ellos experimenta análogos procesos emocionales y se identifican condiciones mentales específicas y las razones por las cuales el primero se une a los nacionales y el segundo asesina a su madre.

En referencia a procesos emocionales, ambos experimentan desilusiones, se eximen de su responsabilidad moral —Cela al unirse a los nacionales y Pascual al asesinar a su madre— sufren remordimientos y se sienten victimizados. En cuanto a condiciones mentales, en Cela se evidencia el desarrollo de un trastorno depresivo mayor en coexistencia con un trastorno por estrés traumático, y en Pascual un trastorno distímico en coexistencia con un trastorno explosivo intermitente.

Finalmente, en lo que se refiere a la razón por la cual Cela se une a los nacionales el tipo de educación familiar y escolar que describen sus memorias jugó un rol preponderante en su decisión de apoyar a Franco. Por lo que respecta a Pascual, el asesinato de su madre lo he fundamentado en la esperanza que pierde al ganarle la evidencia que su madre nunca será para él una madre amorosa.

DEDICATION

A Max, Juan Luis y Luis Fernando motores de mis sueños. A mis padres con quienes aprendí que el respeto por el otro, la honestidad, la responsabilidad y la persistencia siempre pagan bien. A mis siete hermanos quienes con su buen humor provocan mis más sonoras carcajadas.

ACKNOWLEDGMENTS

A la Dra. Jennifer Smith mis más profundos agradecimientos porque con su habilidosa insistencia pedagógica y apoyo me ayudó a perfeccionar mi investigación y análisis. A Max gracias por su constante motivación durante este proyecto y por mitigar mi estrés con su paciencia y amor por mí.

TABLE OF CONTENTS

<u>CHAPTER</u>	<u>PAGE</u>
ABSTRACT.....	i
DEDICATION.....	ii
ACKNOWLEDGMENTS	iii
CHAPTERS	
CHAPTER 1 – Introducción.....	1
CHAPTER 2 – Procesos emocionales padecidos por Cela y Pascual	4
Desilusiones	4
Responsabilidad y moral y remordimientos	12
Víctima y victimarios.....	17
CHAPTER 3 – Condiciones mentales específicas de Cela y Pascual	28
Estrés crónico como resultado de la permanencia ante un estímulo perturbador.....	29
Afección.....	31
CHAPTER 4 – La razón de una acción	42
Cela de lo político a lo personal.....	42
Pascual de la esperanza a la desesperanza	49
CHAPTER 5 – Conclusión	54
OBRAS CITADAS.....	61
VITA	65

INTRODUCCIÓN

La familia de Pascual Duarte, escrita por el español Camilo José Cela, fue publicada en 1942. Para ser más exactos, el 7 de diciembre, como lo ha dicho su autor en *Memorias, entendimientos y voluntades*, publicada por primera vez en 1993 (498). Cela publica su novela tres años, ocho meses y seis días después de finalizada la Guerra Civil española. Con ella, de acuerdo a Arturo Torres-Ríoaseco, se da “origen a una nueva forma novelística en España, el tremendismo” (167). Según David M. Feldman, esta novela ocupa un sitio importante en la historia de la literatura española contemporánea (656) y para Clara Del Brío Carretero ésta constituye un clásico (178). Desde su nacimiento hasta el presente, la novela ha generado una diversidad de análisis que detallan su mérito y valor literario. La búsqueda de su significado ha sido prolífica y sus críticos han tenido en cuenta el marco histórico de la época para llevar a cabo sus interpretaciones. Asimismo, han tratado de encontrar una explicación a la conducta violenta e irracional, o sea la “violencia homicida” (Jerrez Farrán 47), de su personaje principal, Pascual Duarte. Se han usado enfoques sociológicos, políticos, filosóficos, psicoanalíticos, psicológicos y antropológicos en estos dos intentos.

Se debe también mencionar que su autor ha sido ligado a su personaje ficticio, Pascual Duarte, y ha sido muy criticado por haber apoyado a Franco uniéndose a los nacionales. En 1945, Juan Aparicio cuestionaba la conciencia de Cela: “fue prófugo en 1936; soldado nacional, en 1937; novelista, en 1945; sin que hasta ahora haya padecido el menor remordimiento” (124). En 1982, Ramón Buckley señalaba que, “El caso de Pascual Duarte es, también, el caso de Camilo José Cela” (98). Para este crítico, Cela escribió su novela para liberarse de la Guerra Civil en la cual participó pasando de la acción a la contemplación, como así lo hizo Pascual al

escribir sus memorias (98). Además, agrega que Cela usó su novela “como la expiación de sus propios crímenes de guerra, y no sólo los de Pascual” (99). Cuatro años más tarde, en 1986, Alan Hoyle en su artículo “La familia de Pascual Duarte: Psicoanálisis de la historia,” sugiere que así como Pascual, Cela también descarga su odio y culpa, y comparte con sus lectores el conflicto psicológico producto de estos dos sentimientos al escribir su novela (10).

Audaces interpretaciones éstas si tenemos en cuenta que los tres lo único que tuvieron a mano fueron las memorias de Pascual Duarte, personaje de ficción creado por Cela. Ninguno de los tres pudo utilizar las segundas memorias de Cela, *Memorias, entendimientos y voluntades*, ya que las mismas aún no habían sido publicadas. Es aquí, en estas memorias, donde el escritor narra sus experiencias y elecciones de vida hechas desde su adolescencia hasta su temprana juventud. Aparicio se arriesga a cuestionar la conciencia de Cela a tan sólo tres años de haberse publicado la novela; después de cuarenta años, Buckley sugiere que Cela usó a Pascual como medio catártico y, más tarde, Hoyle se aventurará a hacer el mismo señalamiento.

Hoy contamos con la fortuna de tener a mano los dos tomos de las memorias de Cela. En noviembre de 1959, se publica el primer tomo titulado *La rosa*. Allí narra hechos de su infancia hasta aproximadamente sus siete años. Y no es hasta 1993 que Cela presenta sus segundas memorias, *Memorias, entendimientos y voluntades*, donde su relato llega hasta un poco más allá de después de finalizada la Guerra Civil, época de su vida de adulto joven.

De gran inspiración para esta tesis han sido las obras de Aparicio, Buckley y Hoyle, pero mientras ellos comparan la vida de un carácter de ficción con la de su autor sin usar las memorias de éste, yo puedo hoy consultarlas con el fin de constatar si las memorias de Camilo José Cela y las de Pascual Duarte describen procesos emocionales que identifiquen condiciones mentales

específicas en cada uno de ellos y las razones por las cuales el primero se une a los nacionales y el segundo asesina a su madre.

Este estudio se inicia con la descripción y análisis de los procesos emocionales padecidos por Pascual y Cela. Se examinarán aquí sus desilusiones, el concepto de responsabilidad moral, en el caso de Cela, al unirse a los nacionales, y en el de Pascual al convertirse en un matricida; igualmente se analizarán sus remordimientos y sus sentimientos como víctimas; se identificarán sus victimarios y se analizarán sus juicios con respecto a éstos. A continuación, en las condiciones mentales padecidas por ambos, se demostrará cómo ante la permanencia de un estímulo perturbador se genera en cada uno de ellos un estrés crónico y trauma desencadenando una afección emocional. Finalmente, el lector encontrará el análisis de la causa que condujo a Cela a unirse a los nacionales y a Pascual a asesinar a su madre.

La búsqueda de la razón del por qué Cela apoya a Franco ha generado una inquietud intelectual personal de mi parte. Nace ésta del conocido hecho de que los artistas, escritores, poetas y periodistas tienden, en general, a dar su apoyo a regímenes liberales, lo cual Cela no hizo. La existencia de *La rosa y Memorias, entendimientos y voluntades*, me llevó a pensar que allí podría encontrar una respuesta a mi inquietud. En el caso de Pascual, participo en la búsqueda que otros críticos han hecho del por qué se convierte en un matricida. En esta tesis se hará uso de un enfoque psicológico ya que creo que es éste el más apropiado para encontrar estas respuestas.

PROCESOS EMOCIONALES PADECIDOS POR CELA Y PASCUAL

Las memorias de Cela y Pascual evidencian que ambos padecieron desilusiones en sus experiencias de vida y se eximen de su responsabilidad moral cuando el primero se une a los nacionales y el segundo termina convirtiéndose en un matricida; asimismo, ambos sufren remordimientos por diferentes acciones en su vida, se sienten victimizados, sus victimarios pueden ser identificados y los juicios que realizan sobre sus victimarios permiten elaborar un perfil psicológico sobre éstos.

Para el propósito de esta tesis se ha definido desilusión como “impresión que uno siente cuando alguien o algo no es como él esperaba” (*Diccionario Esencial Santillana* 364), trayendo como consecuencia desencantos y desengaños. El concepto de responsabilidad moral señala la estimación que Cela y Pascual hacen de su conducta con respecto a perjuicios que pudieron estar derivados de su elección de vida. Los remordimientos que son descritos en sus memorias serán examinados en su origen, así como la evolución de éstos. Se describirá el parecer de ambos con respecto a quién y por qué se sienten victimizados y, también, serán descritos los rasgos y cualidades que, como víctimas, ven en sus victimarios.

Con respecto a Pascual, no solo he tenido en cuenta su auto-percepción como víctima, sino que también he considerado la opinión de aquellos críticos quienes lo consideran víctima de diferentes circunstancias. Además, el lector encontrará que he hecho mi personal contribución a lo que creo puedo llamar el hecho o circunstancia victimizante en la vida de Pascual Duarte.+

Desilusiones

Mientras Pascual experimenta su desilusión respecto de la mayoría de los miembros de su familia, especialmente por su madre, Cela experimenta este sentimiento por la religión católica y el partido nacionalista, por el que luchó, y por el proceder de sus representantes. En

sus memorias, Pascual manifiesta que su familia nuclear está conformada por su padre Esteban Duarte Diniz, su madre, cuyo nombre nunca revela, y dos hermanos; Rosario, quien nace después de él, y su hermano Mario, quien viene al mundo con retraso mental y físico. En su familia extendida, Lola se convierte en su primera esposa, concibiendo dos hijos con él. El primer embarazo se malogra y del segundo nace Pascualillo quien fallece a los diez meses de haber nacido. Después de fallecer Lola, Pascual tomará como segunda esposa a Esperanza, con quien no llega a tener hijos.

Según Pascual, su vida familiar no fue placentera (39). En sus memorias describe una familia que vivencia variadas, y muy frecuentes, situaciones conflictivas. Considera que los miembros de su familia no usaron el cerebro adecuadamente ni tampoco se distinguieron por las buenas inclinaciones (46). A su padre lo reseña como un hombre intolerante, explosivo, violento, injusto con sus reprimendas y autoritario. El abuso físico por parte de éste para él y su madre era indiscriminado y por los detalles más insignificantes el mal carácter de su padre se hacía ver (40; 45). Es tal el dolor y la profunda desilusión por su progenitor que Pascual quiere echarlo al olvido como así se lo hace saber al cura don Manuel el día del entierro de su progenitor (55).

De todos los miembros de su familia, la mayor desilusión la siente Pascual por su madre. Ella sobresale en la vida de Pascual, como el familiar sobre quien se proyecta su más enconado odio. Palabras amables o amorosas para su madre, o de su madre para él, no se encuentran en las memorias de Pascual. Sarcasmos y palabras agrias van y vienen entre los dos. Eso sí, en lo único en que parecen coincidir es en convencer al padre y esposo de no seguir enviando a Pascual a la escuela, objetivo éste que logran madre e hijo cuando Pascual tiene doce años.

En las descripciones que Pascual hace de la conducta de su madre, la carencia de afección y compasión para relacionarse con sus hijos es notoria. Así pues, cuando el señor Rafael agradece a

Mario, ser desvalido que no puede defenderse, Pascual comenta cómo ella “no lo cogía [del suelo] y se reía haciéndole el coro al señor Rafael” (59); ella no llora cuando Mario muere trágicamente (62) y, más tarde, a la muerte de su nieto Pascualillo, no se muestra compasiva con Pascual, sino indolente y sarcástica con sus comentarios (109-19). En otro incidente, cuando Pascual regresa de la cárcel a casa, su madre al abrir la puerta lo recibe sin ninguna expresión afectuosa y secamente con un: “¿Qué quieres?” ante lo que él responde: “Entrar. ¿Qué voy a querer?” (161). Pascual intuye que en ese momento su madre hubiera preferido no verlo. Él también piensa que fue ella quien encubrió los amoríos de su esposa Lola con el proxeneta de su hermana y, además, es ella, su madre, quien muestra “su malquerer” (170) por su segunda esposa, Esperanza, mujer a quien él considera buena y siente que lo ama.

Con su hermana Rosario, la dinámica afectiva entre ambos toma un camino diferente a pesar de la conducta reprochable de ella, que Pascual señala: alcahueta de los amoríos de su madre, ladrona, borracha y prostituta a la edad de catorce años. Pascual tiende un lazo afectivo hacia ella: “Yo la quería con ternura, con la misma ternura con la que ella me quería a mí” (117).

Este afecto hacia su hermana se origina en una serie de hechos en los cuales Rosario muestra su cariño y solidaridad hacia él. Así, por ejemplo, cuando por segunda vez Rosario abandona el hogar para trabajar como prostituta en la casa de Nieves, la Madrileña, ella envía a la familia regalos para los cumpleaños y las navidades. Para Pascual esto tiene mérito, y le demuestra que ella no los ha olvidado (48). En otra ocasión, ella defiende a Pascual de las acusaciones de poco hombre que lanza su proxeneta, el Estirao, contra él (52). Cuando el señor Rafael patea a su hermano Mario, Pascual puede ver en los ojos de ella el repudio que siente por la acción cometida, así como él también lo sintió. Ese día ella recogerá a Mario para acomodarlo en la artesa, y Pascual la verá “más hermosa que nunca” (60). Es ella quien le asevera que no es

un hombre maldito como así se lo han hecho sentir su esposa Lola y su madre (116), e igualmente le expresa que el futuro será mejor a pesar de que él considera que les aguardan sólo tristezas (117). Por otro lado, la acción de ella al abandonar a su proxeneta para tomar cuidado de él, luego de su regreso de La Coruña (144), fue muy valiosa para Pascual. Su gratitud ante este proceder de su hermana está claramente expresada en el siguiente pasaje: “me cuidaba como un regalo que nunca llegué —y, ¡ay!, lo que es peor—, nunca llegaré a agradecerse bastante” (145). Estos cuidados de parte de ella le hacen sentir la vida más liviana y placentera, y hasta la dolorosa memoria de Lola, quien ha muerto, comienza a sanar (145). Asimismo es su hermana, el único miembro de la familia, quien se muestra contenta manifestándole su alegría por su regreso de la cárcel, donde Pascual purgaba su sentencia por la muerte del Estirao: “¡Cómo me gustaba oír sus palabras!” (164) y quien, de acuerdo a su madre, estaba siempre hablando de él mientras lo tuvieron encerrado (162). También, ella le busca una novia mientras él está purgando su delito y, por cierto, esa mujer se convierte en su segunda esposa (165). Aún es más, cuando él considera que no puede haber alguien que le quiera, es ella quien le expresa su amor (165), dicho sea de paso, algo que nunca ningún otro miembro de la familia le había manifestado. Son todos estos actos de afecto y solidaridad los que no lo dejan ignorar que ella, Rosario, es el único miembro de su familia, que a pesar de su conducta reprochable y cualquiera que sea la desilusión que se haya generado, ha estado ahí por él en sus momentos de dolor y necesidad de un apoyo emocional.

Dos son los seres allegados a Pascual quienes son la excepción en sus sentimientos de desilusión: su hermano Mario y su segunda esposa Esperanza. Pascual piensa que su hermano es hijo de los amoríos de su madre con su amante, el señor Rafael. Este desgraciado ser además de ser agredido por el señor Rafael ha recibido la agresión de los cerdos quienes le comieron sus

orejas. Por él, Pascual siente lástima y considera que la muerte accidental de su hermano, ahogado en una tinaja de aceite, antes de los diez años, fue un ahorro de sufrimientos (56). A Esperanza, Pascual la describe como una mujer muy religiosa, consentidora, tranquila, aseada y ordenada (166). Con ella vive solamente alrededor de dos meses, tiempo interrumpido con el asesinato de su madre.

Con su primera esposa Lola, varios eventos marcan negativamente su aprecio por ella. Primero, su segundo hijo muere a edad muy temprana y Pascual siente que ella lo tortura al recordarle constantemente al hijo fallecido (109). Segundo, ella como la madre de él, le hacen sentir, como se ha comentado anteriormente, que es un hombre maldito. Tercero, ella continúa comparándolo con su hermano Mario, como en el día en que Pascual sexualmente abusa de ella, comparación que Pascual odia profundamente (114). Por último, para su deshonra, a su regreso de La Coruña, Lola le confiesa que espera un hijo del proxeneta de su hermana Rosario. Sus sentimientos ante este hecho son muy bien descritos por Pascual en sus memorias: “Un nido de alacranes se revolvió en mi pecho y, en cada gota de sangre de mis venas, una víbora me mordía la carne” (143).

De seis personas que integran la familia nuclear y extendida de Pascual Duarte, su madre se destaca como la persona menos grata para Pascual y quien lo llena del mayor desencanto. Después de todo, es entendible el alcance de sus palabras cuando en sus memorias manifiesta: “La verdad es que la vida en mi familia poco tenía de placentera” (39).

Mientras Pascual se ocupa de escribir sobre sus desilusiones familiares, Cela escribe sobre las suyas por el proceder de la religión católica y el partido nacionalista por el que luchó. De acuerdo a él, su primera desilusión por la religión la experimenta alrededor de sus cinco años, estudiando medio pensionado en la escuela de los jesuitas de Bellas Vista porque observa que la

virtud teologal de la caridad ejercida por estos representantes tenía un sello clasista y cruel. A los niños que recibían ayuda económica para estudiar se les daba un trato diferente y debían servir a la mesa a sus compañeros de escuela que provenían de familias pudientes; y a los huérfanos en el hospicio de Madrid se les hacía saber con un letrero en la puerta que eran recibidos por caridad:

fue cuando empecé a darme cuenta de que esto del entendimiento al uso y abuso del cristianismo era una falacia porque los becarios entraban por otra puerta, vestían de diferente manera que nosotros y nos servían a la mesa. ¿En qué se iba a notar, si no, que eran pobres; y que comían y estudiaban por caridad? También me apenó, a poco de llegar a Madrid, el letrero que había sobre el portalón de la inclusa: Abandonado de tus padres la caridad te recoge. Este cariz entre administrativo y cruel que ha ido adquiriendo el cristianismo nunca me gustó demasiado. (27)

El otro hecho de infancia que golpea emocionalmente a Cela sucede en el colegio de los maristas donde es castigado porque de acuerdo a él, dice la verdad: “se me cayó el alma a los pies cuando en el colegio de los maristas se me deslomó a palos por decir la verdad” (11).

En referencia a la Iglesia Católica, por un lado, la considera una entidad anticuada y decadente en sus principios y, por otro, realiza severos juicios de sus representantes y condena el papel asumido por ellos durante la Guerra Civil. Para él, los curas son inhumanos, artificiales (280), con un erróneo papel de juez y parte, y juez y verdugo (281), de acciones interesadas, y en situaciones difíciles se arriman al sol que más brilla o están, “uncidos como siempre al carro del vencedor” (436).

Figuras eclesiásticas son criticadas en sus memorias por su falta de piedad y prudencia durante la Guerra Civil, a saber: monseñor Pla y Daniel y sus obispos (207-08), el cura Fermín

Yzurdiaga, director de la revista falangista *Jerarquía* y del diario *Arriba España* (286), el capellán castrense Nicanor Miajadas (316) y el presbítero Jerónimo Gratiniano (402). De monseñor Play y Daniel condena sus palabras cuando éste declara “que la guerra era una cruzada contra los hijos de Caín” (207-08) y censura a los obispos porque éstos “se retrataron saludando brazo en alto, como los funcionarios e intelectuales” (208). Reprueba que el cura Yzurdiaga haya predicado en su periódico: “Camarada, tienes la obligación de perseguir al judaísmo, a la masonería, al marxismo y al separatismo” (286) y además lo considera un eclesiástico fundamentalista peligroso. Sanciona las palabras del capellán castrense don Nicanor Miajadas, director espiritual de un regimiento de lanceros, quien decía “que a los rojos que iban a ser fusilados no se les debía ni confesar para que se fueran al infierno” (316) y al presbítero don Jerónimo Gratiniano lo cataloga de desgraciado y buscón (402), y dice no querer añadir más detalles porque le debe respeto y obediencia.

Con estos señalamientos es fácil entender el pronunciamiento de Cela en el sentido de que la Iglesia falló estruendosamente, durante la Guerra Civil, al no poner la otra mejilla (207). Esto es, no supieron vencer el mal con el bien, conducta y actitud que hubieran revelado el espíritu generoso que han de tener los discípulos de Cristo en la práctica de la justicia. A su juicio, es este organismo por sus inadecuados principios, junto con el organismo militar, los culpables del “doble mal histórico de España” (455).

Cela deja ver su grado de aversión y rechazo por los curas en la siguiente cita:

y hasta que los curas se quitaron la sotana, yo huía al verlos porque relacionaba su imagen con la doble idea de la opresión y la represión; seguramente esto es una vulgaridad pero aquí no se trata de expresar elegancias sino verdades. Y tan cierto

lo que digo que hasta hace poco, cuando veía venir un cura por la calle, salía disparado en dirección contraria, o al menos cruzaba la acera. (93)

Y como para que no quede duda de su postura, hace uso de las palabras de Agustín de Foxá (1903-1959), periodista, escritor y diplomático español de ideología falangista: “Agustín de Foxá decía que la iglesia de Cristo se había transformado en la burocracia de Cristo e iba camino de convertirse en la Gestapo de Cristo. A mí me parece que ése es el mal camino y entonces no lo pensaba, claro es, pero sí lo adivinaba o subpensaba” (27).

En referencia a su desilusión experimentada estando en zona nacionalista es menester revisar y analizar los hechos desde el momento en que Cela empieza a pensar en pasarse a la zona nacional: “La situación era cada vez más incómoda, peligrosa lo había sido siempre, y empiezo a pensar seriamente en pasarme a zona nacional, aún no sabía cómo, donde se comía en abundancia, reinaba el orden (!) y no se cometían abusos ni persecuciones (!!)” (231). Nótese los signos de exclamación entre paréntesis que llaman la atención y dan cabida a pensar que Cela luego de unirse a los nacionales encontró que sus asunciones sobre este partido en cuanto al orden, los abusos y las persecuciones fueron erradas. Un signo de exclamación para ‘orden’ y dos para ‘abusos y persecuciones’ son sugestivos de que aunque no había orden allí, los abusos y persecuciones eran peores. La interpretación de su desilusión toma fuerza cuando Cela explícitamente expresa su decepción: “En la zona nacional pronto se me cayó el alma a los pies, no de golpe sino poco a poco, las desilusiones caminan con mayor lentitud con más zorra y amarga lentitud que las ilusiones” (257). Pero, aún así, desilusionado por su descubrimiento permanece en zona nacional y defiende la causa franquista.

Cela y Pascual desilusiones los dos padecen. Ambos se decepcionan de instituciones sociales por el proceder de sus miembros. Cela de la institución política y religiosa, y Pascual de la familiar.

Responsabilidad moral y remordimientos

La existencia de principios morales en toda sociedad ayuda al individuo a valorar sus actos y los de otros como buenos o malos. Sirven para salvaguardar el bienestar común, la convivencia armoniosa, la preservación del ser humano, y cualquier otra especie, y su fin último es la consecución de la felicidad. Así, de esta manera, todo individuo en su actuar enfrenta la responsabilidad social y moral de sus elecciones de vida desde que sus actos repercutirán para bien o para mal en la vida de otros. No es mi interés entrar a dilucidar sobre la responsabilidad social en Cela y Pascual pero sí analizaré cómo ambos asumen su responsabilidad moral cuando el primero se une a los nacionales dando apoyo a Franco y el segundo en una carrera homicida se convierte en un matricida.

¿Se consideran moralmente responsables Cela y Pascual de los actos arriba mencionados? La respuesta es no. Ninguno de los dos se cree moralmente responsable de éstos porque, a su juicio, ellos no pudieron ejercer su libre albedrío por circunstancias que escaparon a su control. De esta forma, Cela declara:

no voy a pedir disculpas de nada porque pienso, que en todo caso, tendrían que habérmela pedido a mí por haberme metido en todos los berenjenales en que me metieron a palos y sin comerlo ni beberlo, por ejemplo, en la guerra civil y en el espectáculo turbio juego de los políticos, esto que es todavía peor que la guerra.

(10)

De acuerdo a él, no se le brindaron otras alternativas diferentes para hacer una elección de vida distinta a la de apoyar al franquismo:

De lo que ya no estoy seguro es ni de la eficacia ni de la conveniencia de aquella lucha denodada, desproporcionada y corazonal que, a lo mejor, tampoco era razonable; en todo caso –y suponiendo que me hubiera planteado el problema en semejantes términos- no hubiera tenido opción porque ni me la brindaron siquiera por el solo hecho de vivir en el barrio de Salamanca. (215)

Por su parte Pascual se desembaraza de su responsabilidad moral culpando al destino y a la herencia recibida de sus padres. Está convencido de que los seres humanos llegan al mundo predestinados a ser felices o infelices. Así las cosas, el destino lo marcó a él para tener una vida desgraciada y como tal no pudo escapar a esta ley inexorable: “no nos es dado a escoger, sino que ya –y aun antes de nacer- estamos destinados unos a un lado y otros a otro” (39). Señala, además, que los seres humanos toman características particulares de acuerdo al camino que les toca al momento del nacimiento. De esta manera, los que están destinados a ser felices, tendrán una vida fácil y usarán el agua de arbol y colonia; los que están destinados a ser desgraciados utilizarán el tatuaje en su piel, el cual permanecerá allí para siempre, su vida será un camino de espinas, no tendrán un mirar sereno y como son infelices no sonríen en forma inocente. Y, por añadidura, sufren con el “sol violento de la llanura y arrugan el ceño como las alimañas para defenderse” (25). En referencia a su herencia, Pascual culpa la escasez de virtudes heredada de sus padres que lo llevó a actuar sin refrenar sus instintos e ignorar los principios morales (37-38).

En cuanto a remordimientos, cada uno de ellos los experimenta, pero la expresión de estos sentimientos toma diferente forma en ambos. Mientras en Cela se evidencia una dificultad

emocional para hablar en general de sus remordimientos, especialmente de sus sentimientos relacionados con su participación en la Guerra Civil, Pascual manifiesta abiertamente sentirse atribulado y arrepentido de sus conductas pasadas no señalando eventos específicos como Cela así lo hace.

En las primeras páginas de sus segundas memorias, Cela, por dos veces, manifiesta su férrea voluntad de no pedir disculpas de nada: “En las páginas que ahora arrancan no voy a pedir disculpas de nada porque no me avergüenzo ni me arrepiento de nada de lo que haya podido hacer y porque tengo la fundada evidencia de que no lleva a ningún lado implorar caridad” (10). La segunda vez que Cela repite esta declaración lo hace para desembarazarse de su responsabilidad moral como ya ha sido descrito anteriormente. Pero esta declaración aparentemente inamovible cambia; Cela en variadas ocasiones pide disculpas y dice sentirse avergonzado y arrepentido por incidentes por él protagonizados. Por ejemplo, implora disculpas y manifiesta su intención de mandar flores para reparar el agravio causado a las señoras que volvían de la plaza de mercado con sus compras, a las cuales él tiraba al suelo cuando éstas subían por las escaleras del edificio donde vivían. Cela llama este juego “acoso y derribo” (118) y lo llevó a cabo durante su preadolescencia. En este juego Cela escogía una casa de cuatro o cinco pisos y esperaba en la buhardilla a que una señora volviera de la plaza. Cuando la señora iba entre el primer y segundo piso, Cela corría escaleras abajo saltando y gritando estruendosamente y aullando como los pieles rojas. Su intención era saltar por encima de ella, acción, en la que muchas veces las derribaba (Memorias, 118-19); también, dice sentirse arrepentido por la tirada del piano desde el balcón de una casa de prostitutas (329); igualmente, por haber defecado en las teclas del piano y limpiado el trasero con el canario flauta de las

señoritas cuarentonas que le dieron posada con un conmitón durante la guerra (402-03) y por último, por golpear con su puño a un poeta lírico (471).

Considero que su declaración: “no voy a pedir disculpas de nada porque no me avergüenzo ni me arrepiento de nada” (10) evidencia un Cela emocionalmente vulnerable no por la exhibición de sus intimidades como él mismo lo declara en sus memorias (164) sino por los juicios que otros puedan hacer de su conducta pasada.

Sobre sus sentimientos personales por su participación en la Guerra Civil, Cela habla de ellos en *Memorias, entendimientos y voluntades*, al narrar sobre la explosión de una bomba laffite que lo deja inconsciente y herido:

desde entonces tengo la vaga sensación de remorderme siempre un poco la conciencia no sé bien de qué, quizá esto no se sepa jamás con certidumbre, desde entonces me acompaña siempre un confuso palpito de que en mi alma habita la insolidaridad, ¿por qué es así?, quizá esto no se pueda explicar nunca con las herramientas de la razón. (284)

Para propósitos de análisis de estos sentimientos descritos por Cela, cincuenta y tres años después de su participación en la Guerra Civil Española, esta cita será dividida en dos partes. En su primera parte que dice: “desde entonces tengo la vaga sensación de remorderme siempre un poco la conciencia no sé bien de qué, quizá esto no se sepa jamás con certidumbre” (284), encontramos cuatro aspectos que llaman la atención. Primero, Cela dice sentir el remordimiento de manera no clara e imprecisa pero es claro que es un remordimiento el que siente. Segundo, este sentimiento es de pequeña intensidad: un poco, pero esta cantidad, fuese mucha o poca, no cambia el hecho que el sentimiento sigue siendo el de un remordimiento de conciencia. Tercero, Cela manifiesta desconocer su procedencia u origen: “no sé bien de qué” pero con su, “desde

entonces” palabras con las que empieza su declaración, se nos señala que este sentimiento se inició durante su participación en la Guerra Civil y no antes. Y cuarto, el “desde entonces” acompañado más adelante por el “siempre” nos indica que este remordimiento lo acompañó a lo largo de su vida después de su participación en este conflicto civil.

La segunda parte de esta cita dice: “desde entonces me acompaña siempre un confuso palpito de que en mi alma habita la insolidaridad, ¿por qué es así?, quizá esto no se pueda explicar nunca con las herramientas de la razón” (284). El análisis de esta segunda parte me lleva a señalar que a Cela no sólo desde su participación en la Guerra Civil, lo acompañó por siempre un vago remordimiento (284), sino que también que empezó a sentir que era un ser insolidario. Aquí, Cela vuelve a poner a la vista del lector, por segunda vez, con las palabras: “¿por qué es así?”, una ausencia de conciencia para conectar su malestar emocional de remordimiento e insolidaridad con una acción determinada de conducta de sí mismo. Ahora, de su tiempo como censor, enfáticamente Cela se niega a hablar (486-87).

En suma, Cela en sus segundas memorias nos manifiesta que desde su participación en la Guerra Civil quedó experimentando para el resto de sus días, “desde entonces tengo” [...] “desde entonces me acompaña siempre” (284) un remordimiento de conciencia y sentimientos de insolidaridad pero desconoce o no puede conectar estos sentimientos con un hecho específico.

Pascual, a diferencia de Cela, no se muestra sutil ni precavido al plasmar sus sentimientos de remordimientos en sus memorias. Manifiesta abiertamente sentirse atribulado, arrepentido y deseoso de que su actuación en el pasado hubiera sido diferente: “Pesaroso estoy ahora de haber equivocado mi camino” (19), “son muchos treinta días seguidos dedicado a pensar en una sola cosa, dedicado a criar los más profundos remordimientos” (122) y “volverme atrás, evitar lo que ahora daría una mano porque no hubiera ocurrido” (174). Y como para mostrar al lector lo

pesaroso de su sentir describe el abrumador peso de los cargos de su conciencia y cómo fisiológicamente los experimenta: “¡Nada hiede tanto ni tan mal como la lepra que lo malo pasado deja por la conciencia!” (172), “El amargor que me sube a la garganta es, talmente como si el corazón me fabricara acíbar en vez de sangre; me sube y me baja por el pecho, dejándome la lengua con su aroma, secándome los dentros [sic] con su aire pesaroso y maligno como el aire de un nicho” (72).

Víctimas y victimarios

Cela y Pascual se identifican como víctimas puesto que ellos han sentido que han sufrido un daño por la acción de otro(s) o fuerza mayor, identificada como el victimario(a). En esta identificación en cada uno de ellos hay una diferencia fundamental. Mientras Cela se siente victimizado por situaciones que no trascienden lo físico, Pascual se siente victimizado por situaciones abstractas o metafísicas que son inaccesibles a cualquier escrutinio. Con respecto a Pascual, además, se presenta aquí la opinión de respetables críticos quienes lo consideran víctima de diferentes circunstancias y, también, he señalado con mi personal contribución lo que creo victimiza a Pascual. Cela y Pascual, igualmente, realizan juicios severos sobre aquellos que se han identificado como sus victimarios permitiendo elaborar un perfil psicológico de ellos al final de esta sección.

Cela no sólo evade su responsabilidad moral culpando la situación política del momento sino que también se siente víctima de ella. Al Cela considerarse víctima de la situación política estaría señalando a los partidos políticos y a Franco como líder de los nacionales como sus victimarios. De ellos se percibe sacrificado, o más específicamente como “cabeza de turco” (186), junto con los jóvenes de la época, por las acciones deplorables llevadas a cabo durante la conflagración civil. Llama acciones deplorables a aquellas acciones lideradas por la demencia,

furia, torpeza y deslealtad que se desataron durante la contienda. Considera a los jóvenes de su generación y a él mismo entre los más perjudicados: “bien mirado, la guerra la perdimos todos, incluso los vencedores, pero nosotros, los veinteañeros del 36, la perdimos todavía un poco más” (185). ¿Qué es ése ‘un poco más’ que Cela siente que perdió? Esta respuesta la he encontrado en la dedicatoria que realiza a su novela, *San Camilo, 36*, la cual menciona y cita en sus memorias, *Memorias, entendimientos y voluntades*: “A los mozos del reemplazo del 37 [entre los cuales él se cuenta], todos perdedores de algo: de la vida, de la libertad, de la ilusión, de la esperanza, de la decencia” (185). A esta lista de pérdidas y/o perjuicios, Cela añade, también, la pérdida del control sobre sí mismo y la pérdida de la dignidad (204).

Por otro lado, Pascual toma el mismo camino de Cela, evade su responsabilidad moral culpando al destino y a la herencia recibida de sus padres y se siente víctima de ellas. Él siente que sufrió un daño porque su vida no pudo ser diferente al estar marcada por el destino y lo heredado: “esa seguridad de que mis actos habían de ser, a la fuerza, trazados sobre surcos ya previstos, era algo que me sacaba de quicio” (19) y escribiendo sobre sus padres manifiesta, “a su poca educación se unía su escasez de virtudes y su falta de conformidad con lo que Dios les mandaba —defectos todos ellos que para mi desgracia hube de heredar—” (37-38).

Varios críticos lo han señalado víctima de personas o eventos, a saber: de la sociedad, su familia y/o de trastornos emocionales. De esta manera Gonzalo Sobejano ha manifestado que Pascual ha sido un cordero de sacrificio de su sociedad y su familia:

Así la *familia* de Pascual Duarte no es solo la familia carnal sino la familia social, la sociedad española en cuyo seno –bien poco materno- se formó o deformó aquella oveja sacrificial, aquel cordero pascual. Porque Duarte, que tantas

víctimas hace, resulta ser, no ya una víctima más de la Ley, sino la víctima de su familia, la particular y la general. (95).

Arnold M. Penuel también culpabiliza estos la sociedad y la familia porque, para él, tanto la sociedad como la familia fallaron en darle a Pascual una educación formal para que pudiera pensar abstracta y críticamente (366). Carlos Cenzano y León Livingstone lo consideran víctima de su familia por la carencia de afecto y amor que le fue negado. Para Livingstone, esta carencia de amor le generó a Pascual una inseguridad básica que lo conduce a la violencia. Por el contrario, Matías Montes-Huidobro considera a Pascual víctima de su “capacidad social infradesarrollada” (210) que lo torna un hombre incivilizado y de su pobre sistema verbal de comunicación que lo conduce a la violencia y por ende a los derrames de sangre (219).

John Rosenberg ha escrito dos diferentes artículos sobre la conducta de Pascual Duarte. En su artículo de 1989, usando la teoría de Jean-Paul Sartre sobre la mirada, manifiesta que Pascual se torna violento al sentir la mirada de otros sobre sí porque se siente observado y dominado por quien lo mira. Más tarde, en su artículo de 1991, Rosenberg considera a Pascual víctima de su familia, la Iglesia, la aristocracia y el gobierno, a los que llama “sociedad encerradora” (43).

Jo Evans y Francisco Manzo-Robledo, culpan el rígido sistema patriarcal en que vive Pascual. Evans declara que al no poder cumplir Pascual con las rígidas demandas sociales de su rol varonil ataca cuando su honor masculino es cuestionado (197). Manzo-Robledo señala que Pascual cumple con defender su honor masculino con la única estrategia de respuesta que conoce que es la de la violencia (254). Por su parte, Carlos Jerez-Farrán, considera a Pascual víctima de una no adecuada identificación masculina lo que le crea conflictos con su papel varonil y lo torna violento cuando otros dudan de su masculinidad (47).

Otros han visto a Pascual como la víctima de un trastorno emocional. Entre ellos tenemos a Arnold M. Penuel, quien además de señalar la carencia de educación formal por parte de la familia y la sociedad como causantes de su conducta, señala también su fijación narcisista infantil, donde la ansiedad, inseguridad y resentimiento son las características de su vida psíquica (365). Barbara B. McIver afirma que Pascual no puede ajustarse a la sociedad en que vive y no sabe comportarse de acuerdo a las leyes por la no resolución del complejo de Edipo (299) que no lo ha permitido llevar a cabo una relación sana con las mujeres y especialmente con su madre (300). Por su parte, Hoyle considera que la conducta de Pascual es producto de una complicada psicología (1). Como McIver, Hoyle ve un complejo de Edipo no resuelto pero a diferencia de ésta sitúa su análisis en las dinámicas de desarrollo de este complejo como “un complejo doble: no sólo hay hostilidad contra el padre, sino también contra la madre” (4). De este modo, Pascual se movió entre afectos de amor y odio entre los dos padres dándose un complejo positivo-negativo materno y paterno. Por otro lado, Adolfo Marin-Miguillón lo considera víctima de su personalidad esquizoide (177-80), mientras, Dale F. Knickerbocker culpa su narcisismo fóbico debido a la exclusión que ha hecho de su madre por su inadecuado papel materno que lo lleva a la psicosis y la violencia (411). Y finalmente, para Roger D. Tinnel, en Pascual lo que lo victimiza es su necesidad de probarse a sí mismo que él es alguien (93).

Dicho sea de paso, Cela también considera a Pascual, su criatura literaria, un cordero de sacrificio: “Siempre pensé que cada paisaje y cada tiempo necesitan su cordero del sacrificio y que, cuando no aparece, se lo inventan: Pascual Duarte fue uno de los innumerables chivos expiatorios con los que España probó a purgarse” (401). Entonces, es quizás ésta la razón por la que Duarte fue bautizado como Pascual por su autor, como sugiere Gonzalo Sobejano (vid. página 18).

Ahora bien, con respecto a esta tesis, a Pascual, primero, lo considero víctima del abuso físico y emocional, y de un proceso inadecuado de socialización. Segundo, su madre será considerada su victimaria porque aunque Pascual ha reportado en sus memorias haber sufrido abuso físico a manos de su padre, del cual su madre no trató de protegerlo, sufrió abuso emocional a las de su madre. Entre estos dos tipos de abusos, el emocional es el más devastador. Las cicatrices que éste deja no son visibles físicamente pero ellas se hacen patentes en el daño que causa a la personalidad en vías de desarrollo. Al respecto, Ruth S. Kempe y Henry C. Kemp dicen: “El maltrato emocional [...] resulta difícil de demostrar, pero sus efectos pueden ser invalidantes; suelen ser diagnosticados por psiquiatras y psicólogos tan sólo años después, cuando los síntomas de la alteración emocional se hacen más evidentes” (36). Otro experimento realizado por Harry Harlow y R. R. Zimmerman en la universidad de Wisconsin con monitos de corta edad y observaciones realizadas en orfanatos da fe de la importancia de proporcionarle al infante una relación afectiva de calidad donde sus necesidades emocionales sean adecuadamente satisfechas (Mussen et al. 240-73). Esta relación afectiva, definitivamente, no fue de calidad en la vida de Pascual.

De hecho, considero que la madre de Pascual, primero, fue profundamente negligente cuando falló como progenitor en no actuar debidamente para salvaguardar el bienestar físico de su hijo protegiéndolo del abuso físico del padre, el cual es descrito por Pascual en la siguiente reseña: “me arreaba una punteras al desgaire cuando me tropezaba, que vez hubo de levantarme la sangre del trasero (con perdón), o de dejarme el costillar tan señalado como si me lo hubieran tocado con el hierro de marcar” (45). Y, segundo, ella nunca le proporcionó una relación afectiva de calidad, ni siquiera cuando Pascual en su adolescencia pierde a su progenitor. Ella, hasta su muerte, continuó emocionalmente victimizándolo con su conducta y actitud desamorosa. Así, él

nos lo hace conocer cuando a los dos meses de casado con su segunda esposa y antes de asesinar a su madre expresa: “me fue dado el observar que mi madre seguía usando de las mismas mañas y de iguales malas artes que antes que me tuvieran encerrado [en la cárcel]” (170).

Ahora, con respecto al perfil psicológico que se puede elaborar con los juicios que Cela y Pascual hacen sobre los victimarios identificados, ambos, primero, realizan una descripción nada favorable de éstos y, segundo, a través de esta descripción de rasgos y características se evidencia una postura personal censuradora con respecto a ellos. Cela censura la actitud y aptitud del quehacer político de los dos partidos y de Franco, y, asimismo, Pascual lo hace con la actitud y aptitud moral y actitud afectiva de su madre.

Cela identifica características idénticas como contrarias tanto en los republicanos como los nacionales. Entre las características idénticas señala que los dos partidos estuvieron compuestos por ingenuos románticos que tenían sólo soluciones mágicas (Memorias, 185). Según él, ambos lados en su actitud política siguieron la estúpida ley de la fatalidad de una manera obediente y sus procederes fueron negativos (238). Tenían espíritu burocrático incierto y siniestro tornándose a veces idénticos en “las construcciones políticas, y los mecanismos legales, las disposiciones, las interpretaciones y las prohibiciones” (246). Fueron ellos en su aptitud, de acuerdo a él, partidos amargos y avergonzadores que para conseguir el poder político sembraron el terror para someter a la población aunque con métodos diferentes (207). No les importó los costos de vida humana sino implantar su verdad (214) y “se equivocaron al venderse por un plato de insignias” (282). Unos y otros cometieron errores políticos crasos. Cela dice, con respecto a los nacionales y el asesinato de Federico García Lorca: “fue estúpido y los nacionales pagaron muy alto precio por su necesidad” (207) y sobre los republicanos, al proclamar que España había dejado de ser católica: “fue una de las muchas y más aparatosas torpezas de la República que,

para colmo, tampoco resolvieron nada e incluso pusieron en funcionamiento los motores de la marcha atrás de la historia” (144).

Entre las características contrarias Cela identifica las siguientes:

LOS NACIONALES

Tenían un caudillo (440)

Más administrativa, fría y a veces burocrática sembrando el terror (207)

Alimentados, no hambrientos (316)

Atenazados por funcionarios eclesiásticos, civiles y militares (316)

Se identifican con la derecha, el orden público la Iglesia y Dios (129)

Ideas políticas históricas (218)

Llamados nacionales, nacionalistas, o antimarxistas (196)

LOS REPUBLICANOS

No lo tuvieron nunca (440)

Más espontánea, abierta y desmelenada sembrando el terror (207)

Pasaban más hambre (316)

Compuestos de los más ineficaces, desmelenados y románticos soñadores (316)

Se identifica con la izquierda, la libertad y el anticlericalismo (129)

Ideas políticas literarias (218)

Llamados rojos o antifascistas (196)

En el perfil psicológico elaborado con los juicios que Cela realiza sobre Franco, lo describe como el más prudente de los franquistas. Pero considera que su actitud en su quehacer político fue incorrecta porque este quehacer fue liderado no por el deseo de lograr el bien de toda la sociedad (395) y su aptitud política la pone en entredicho al llamarlo “soldado de fortuna que todo le salía bien” (208).

Además, señala que la adulación, el lujo y la ostentación en exceso, el dominio sobre la vida y bienes de otros y el mando de forma indiscutible fueron sus gustos (435-36). De esta lista, la adulación fue para Franco su debilidad, y enemigo era quien no lo adulara; con las adulaciones le lavaron el cerebro los que querían obtener intereses personales: “a fuerza de oír cantar sus

raras singularidades acabó levitando y hasta es posible que haya hecho milagros” (439). Como responsables de ellas señala a los poetas, los inventores de consignas, los curas y su familia. A los intelectuales de Burgos los acusa de causar que la teoría del caudillaje, los sueños de grandeza y de permanencia histórica dominaran a Franco, creyéndose enviado de Dios con conexión directa con el Espíritu Santo (435).

De acuerdo a Cela, la agobiante, insistente y engañosa propaganda sobre Franco tuvo éxito en hacerle creer a la población española que el generalísimo era una cosa irreal: “el superhombre habitado por un espíritu puro, el enviado de los dioses para el mejor gobierno del pueblo elegido, etc” (438).

Honor	FRANCO
Heroísmo	FRANCO
Fe	FRANCO
Autoridad	FRANCO
Justicia	FRANCO
Eficacia	FRANCO
Inteligencia	FRANCO
Voluntad	FRANCO
Austeridad	FRANCO

¡Viva España!

Una Patria: España, Un caudillo: Franco.

Franco manda y España obedece,

Saludo a Franco, Arriba España. (438)

Como ejemplos de los desaciertos políticos por parte de Franco señala: primero, el trato que dio a los catalanes recién liberados, conducta catalogada, por Cela, como torpe y no inteligente (415); segundo, el haber liberado primero Toledo y no Madrid porque no usó la eficacia, la prudencia militar ni política por afirmarse en el poder con lo cual prolongó la guerra más de lo necesario (214) y, por último, desaprovechó una estupenda ocasión histórica con Julián Besteiro, miembro del Consejo de Defensa de Madrid, quien permanece en esta ciudad después de su caída y entrega el poder a los nacionalistas, al no querer ser generoso con él (395). Esta generosidad a la cual alude Cela, puede referirse —uso el “puede” por el hecho de que Cela no clarifica a qué llama generosidad de parte de Franco— al hecho de que Besteiro pudo, o ser eximido de su condena, u obtener una condena menor a los treinta años de prisión a los que fue condenado porque de acuerdo a Cela, “Besteiro se comportó mejor que Azaña, y mejor que nadie, y tuvo una actitud muy digna y ejemplar” (395).

Finalmente, otro rasgo que Cela señala de Franco es el de su deshonestidad para con sus colaboradores: los falangistas y los carlistas. En su parecer, a ambos les hizo creer, en algunos momentos, que tenía el mando cuando en realidad nunca lo tuvieron (455) y les tendió a los falangistas una trampa cuando los envió para Rusia como la División Azul (490).

Así como Franco y los partidos políticos no salen bien librados de los señalamientos realizados por Cela, asimismo, Pascual hace toda clase de señalamientos negativos con respecto a la moralidad y afectividad de su madre. A esta censura, Pascual añade una desagradable descripción de su aspecto físico completando una visión nada placentera de su figura materna.

Pascual señala como amoral la actitud y aptitud de su madre. Para él, ella carece de cualquier cualidad que se considere buena o estimable: “nunca fue un modelo de virtudes ni de dignidades” (41). Como su padre, no tenía la capacidad para resignarse con lo que Dios le

proveía y controlar sus impulsos. Era de carácter áspero, violenta, vulgar de palabra, blasfemadora, infiel con su esposo, aficionada al vino, ladrona (37) y falsa (170). En su actitud afectiva estima era desapegada, no afectuosa y de relaciones hurañas (170).

Pascual se sentía provocado por su madre no sólo con sus palabras, las cuales consideraba que usaba con la intención de amargarle la vida (170), sino, también, con su mirada (116). La clase de relación hostil sostenida con su figura materna se evidencia en el pasaje donde Pascualillo ha muerto y su madre con sátiras lo violenta y Pascual la amenaza:

-¡Ay, si tu padre Esteban viera tu poco arranque!

.....

-¡Tu sangre que se vierte en la tierra al tocarla!

.....

-¡Esa mujer que tienes! (115).

Y Pascual sintiendo que su madre no respeta su dolor por el hijo muerto la amenaza respondiéndole:

-El fuego ha de quemarnos a los dos, madre.

-¿Qué fuego?

-Ese fuego con el que usted está jugando (115).

En cuanto al aspecto físico de ella, Pascual manifiesta que no tenía nada de femenino ni agraciado. La considera de aspecto masculino, seca (41), extremadamente delgada y alta. Su piel es descrita de color amarillento verdoso y mejillas hondas con aspecto de mala salud, por lo cual Pascual cree que ella padecía de tuberculosis (36-37). En las esquinas de sus labios tenía un bigotico de canas y alrededor de ellos tenía unas cicatrices rosadas y pequeñas, las cuales Pascual llama bubas malignas. Éstas se llenaban de pus en el verano y en el otoño empezaban a sanar

para desaparecer en el invierno (37). Su cabello abundante, desordenado, ordinario y enredado lo alzaba en un moño en lo alto de su cabeza (37). Usaba siempre ropa negra y era desaseada, pues, no le gustaba bañarse. Sólo una vez Pascual recuerda que ella se haya bañado, y fue cuando quiso demostrarle a su esposo que no le temía al agua después que éste la llamara borracha (37). Sus pechos no producían suficiente leche para alimentar a sus hijos recién nacidos (44). Era iletrada y no soportaba que su esposo la llamara ignorante (38). Ciertamente, el grado de aversión y rechazo que Pascual experimenta por su progenitora se hace patente en el perfil psicológico y descripción física que hace de ella.

En síntesis, Cela y Pascual, se han sentido víctimas y emiten sobre los victimarios que se han identificado para ellos juicios negativos. Juicios severos sobre la forma de actuar y ser de éstos permitiendo elaborar, en esta tesis, un perfil psicológico de ellos. Cela censura el proceder de los partidos políticos y a Franco como líder de los nacionales y Pascual lo hace de la misma manera con su madre.

CONDICIONES MENTALES ESPECÍFICAS DE CELA Y PASCUAL

Indudablemente la psicología es la rama del conocimiento de la que puedo echar mano si condiciones mentales he de identificar y analizar en Camilo José Cela y Pascual Duarte. Por consiguiente, la psicología dinámica, basada en la teoría psicoanalítica, servirá para estudiar el aparato psíquico y sus procesos tanto de Pascual Duarte como de su creador.

En las afecciones sufridas por Cela y Pascual se identifican procesos inconscientes donde los mecanismos de defensa juegan un papel importante. Que el lector entienda el *modus operandi* de estos mecanismos y del inconsciente en la resolución de conflictos es de primordial necesidad en esta tesis. Siendo así, es necesario saber que los mecanismos de defensa protegen a la persona de la ansiedad, de sentimientos de culpa o pensamientos inaceptables, llevando a cabo procesos mentales no conscientes (Barker 112). Por otro lado, el inconsciente es la estructura psíquica de la mente donde se almacena toda experiencia desagradable, dolorosa o vergonzosa para el individuo. Todo lo que se almacena allí pierde su significado en el consciente del individuo, esto es, el consciente desconoce estos contenidos y no puede acceder a ellos, así de esta manera, se disocia el sentimiento —culpa, angustia, miedo, etc— de su origen. Este proceso de ‘olvido’ se produce con la ayuda del mecanismo de defensa llamado represión. Ahora bien, estos contenidos que son eliminados de la consciencia no son destruidos en el inconsciente. Ellos se mantienen generando una especie de tensión o presión en el individuo transformando esa tensión en derivados que se observan en sueños, síntomas y otras formaciones sustitutivas (Otto Fenichel 31-32). La postergación de los afectos es uno de los derivados más simples, de acuerdo a Fenichel. Aquí, el afecto que produce una situación dada no se produce inmediatamente sino que se desplaza en el tiempo evitando así, “el reconocimiento de la situación que ha dado motivo a este mecanismo [...]. Donde más frecuentemente es usado este tipo de defensa es contra los

afectos de rabia (o fastidio) y aflicción” (Fenichel 190). Aunque ésta es una explicación somera y breve, de la cual han quedado excluidos otras instancias y fenómenos psíquicos, considero que con ella el lector podrá comprender lo que a continuación se desarrollará.

Estrés crónico y trauma como resultado de la permanencia ante un estímulo perturbador

Ante un estímulo perturbador se espera que el individuo se aleje de él, pero Cela a pesar de su desilusión en la zona nacionalista no lo hizo, y Pascual aunque abandonó su casa ante los mordaces comentarios de su madre, su hermana y su esposa Lola, después de la muerte de su hijo Pascualillo regresa a ella. Pascual vuelve a pensar en alejarse de su familia, después de casarse con Esperanza, y antes de asesinar a su madre. No obstante, su plan de acción no lo lleva a término: “Muchas vueltas me dio en la cabeza la idea de la emigración [...] pero el caso es que -¡quién sabe si por cobardía, por falta de decisión!- la cosa la fui aplazando” (171).

El permanecer al lado de un estímulo perturbador sobrecarga de estrés a cualquier individuo. En referencia al adverso efecto del estrés Fenichel expresa: “el ‘stress’ crónico puede tener el mismo efecto que un trauma” (148). El trauma se origina cuando, “en una determinada unidad de tiempo, el aparato psíquico recibe una cantidad excesiva de excitación, que no puede controlar” (33). Para este médico psicoanalista, los dañinos efectos del estrés decrecerían si la persona se preparara para afrontarlo (150).

En el caso de Cela, por un lado, los estímulos perturbadores, abusos y persecuciones, estuvieron fuera de su control. Su aparato psíquico no estuvo preparado para vivenciar esta clase de situación cuando la enfrentó en la zona nacionalista ni en la zona republicana. Cuando vivía en zona republicana pensaba que al otro lado esto no ocurría: “empiezo a pensar seriamente en pasarme a zona nacional, [...], donde se comía en abundancia, reinaba el orden (!) y no se cometían abusos ni persecuciones (!!)" (231). Tal vez, esta situación inesperada en zona nacional

fue la que lo llevó a escribir en sus memorias sobre la necesidad de mantener el equilibrio del sentimiento cuando la desilusión llega como le llegó en zona nacionalista: “las desilusiones caminan con mayor lentitud con más zorra y amarga lentitud que las ilusiones, quizá sea mejor así para no desequilibrar los péndulos del sentimiento, esa delicada flor de tonalidades desvaídas y cambiantes” (257). Por el otro lado, esta excitación imprevista fue padecida y soportada por un tiempo prolongado y determinado. Primero, viviendo en Madrid cuando estalla la Guerra Civil y después, vivenciándola al moverse a zona nacional el primero de octubre de 1937 (244) para darse cuenta que allí también los abusos y persecuciones existían.

Consecuentemente, cuando Cela manifiesta que emocionalmente le cuesta hablar sobre la Guerra Civil pone en evidencia el severo trauma padecido y lo mucho que fue afectado por esta contienda: “Quisiera para mí mucha serenidad para recordar con mesura aquel tiempo atropellado y pasional, aventurero y abyecto, desequilibrado, acelerado y ruin, que a todos nos marcó” (186-87). Con su ‘nos marcó’ Cela señala su herida emocional que debió ser producida por la vivencia del irrespeto por el dolor y el valor, el culto rendido al odio, los actos infames y el adormecimiento de la conciencia por ideas engañosas (204). Su tranquilidad se daña con los recuerdos de la Guerra Civil que fue un “amargo sendero del desencanto” (312) por el cual no desea volver a caminar porque tal vez recuerda que los españoles, entre los cuales él se incluye al utilizar el ‘nosotros,’ se dedicaron a matarse unos a otros, con indignidad y sin nobleza, y de manera insensata (207).

Después de todo, no es de extrañar encontrar en sus memorias el uso frecuente de adjetivos peyorativos para referirse a la Guerra Civil: “hediondo pleito” (314), “aquel cruel e inútil despropósito de la guerra” (185), “aquella vergüenza de la guerra civil” (191), “aquel disparate

histórico” (194), “aquel turbio tiempo de dolor” (214), “vergonzosa pelea entre aficionados” (367), los cuales son un ejemplo más del grado de su afección negativa por esta contienda.

Mientras Cela experimenta esta sobrecarga de estrés en su vida de adulto joven, Pascual la experimenta desde su infancia; y, también, estuvo fuera de su control este estrés. Recibió abuso físico y emocional: golpes, sarcasmos, insinuaciones detrimentes, críticas y menosprecio. En él, nunca fueron satisfechas por sus padres sus necesidades emocionales de ser reconocido, apreciado, aceptado, admirado, necesitado, respetado ni apoyado. Pascual pone en evidencia lo mucho que fue afectado por sus figuras parentales cuando, primero, a la muerte de su padre lo quiere echar al olvido y, segundo, cuando de su madre realiza un desagradable perfil psicológico dándonos con ello el mejor testimonio de sus sentimientos de desprecio por ella. A propósito de este desprecio, es quizás por ello que Pascual no da su nombre en sus memorias. Baso esta apreciación en la popular común expresión: ‘no menciones su nombre en mi presencia’ o ‘de su nombre no me quiero ni acordar’ la cual es usada cuando se experimenta un gran repudio por alguien y literalmente el nombre de la persona repudiada queda emocionalmente vedado para el que repudia.

Afección

En Cela y Pascual se pueden identificar condiciones mentales específicas, como resultado de escoger permanecer al lado de estímulos emocionalmente perturbadores. El aparato psíquico en ambos sucumbió ante esta carga excesiva de tensión, perturbando su equilibrio emocional. Así pues, aunque en las memorias de Cela no hay ninguna reseña que indique que sufriera de algún trastorno emocional durante la Guerra Civil, sí se encuentra el comentario sobre el estado de abatimiento e infelicidad que sufre después de finalizar ésta: “Es posible que los años 1940, 41 y 42 hayan sido los más amargos de mi vida, quizá fuera mejor decir los menos

felices ya que estaba vivo” (477). Esta infelicidad y abatimiento, signos característicos de la depresión (DSM IV 369), lo llevan a sentirse sin deseos de vivir:

El panorama es triste y turbio pero yo me agarro como una lapa a la vida aunque me asalten muy atemorizadoras dudas sobre la utilidad e incluso la conveniencia de seguir vivo, me agarro como una lapa, sí, pero intermitentemente y a ráfagas porque hay instantes en los que pienso en tirar la toalla y acaricio la idea del abandono. (492)

Esta idea suicida toma forma el 27 de diciembre 1941 cuando intenta quitarse la vida:

el día de la octava de San Juan Evangelista, o sea sábado, de madrugada me levanté, monté una parabellum grande que guardaba en el armario debajo de las camisas, una parabellum de 9.5, y me volví a meter en la cama con el arma amartillada, la culata estaba fría pero se calentó pronto, yo tenía décimas siempre, quise concentrarme y acopiar mi serenidad para dispararme un tiro en la boca pero no pude, la mente se me distraía con muy varios y minúsculos pensamientos. (493)

Este intento suicida nos deja ver cuán profunda era su depresión.

Con respecto a las depresiones, Thorwald Dethlefsen, psicólogo, y Rüdiger Dahlke, médico, consideran que el sufrimiento del individuo, sintomatizado en depresión, se genera por sus sentimientos de culpa, sus continuos reproches y la necesidad de conseguir el perdón (216). La explicación dinámica de este hecho la realizan a través del análisis de tres vectores con los cuales el individuo lidia en su depresión (216). El primer vector alude a los sentimientos de agresión o irritabilidad con los que el individuo batalla y no manifiesta exteriormente sino que los reprime junto con los sentimientos de culpa (217). El segundo vector, hace referencia a su

toma de responsabilidad: “El miedo a asumir responsabilidad está en primer término en todas las depresiones que se producen precisamente cuando el paciente tiene que entrar en otra fase de la vida” (217). El tercer y último vector, es el que forma una unidad desde cuatro temas como lo son la renuncia, soledad, vejez y muerte. Aquí, el individuo se enfrenta a la posibilidad de la muerte para evitar el sentimiento culpable y responsabilidad temida (217-18). Y, a propósito de esta afirmación, ya en 1945, Fenichel, en su teoría de la neurosis, planteó una tesis similar, expresando que los sentimientos de culpa provocaban cuadros depresivos (129) y el suicidio se presentaba como la alternativa para conseguir la tranquilidad perdida ante una conciencia avasallada por la culpabilidad (450-51).

Aplicando estos tres vectores para explicar las dinámicas psíquicas de la depresión de Cela encontramos que, primero, las expectativas de Cela en zona nacional fueron frustrantes y, como toda frustración, tuvo que producirle malestar emocional, sentimientos de desagrado e irritación. Pero al decidir permanecer apoyando la causa, no puede manifestar su incomodidad emocional y, entonces, su aparato psíquico le ayuda a calmarse haciendo uso del mecanismo de defensa de la represión donde, como antes lo hemos comentado, “el individuo inconscientemente empuja fuera de la conciencia ciertos recuerdos, ideas, o deseos que son inaceptables o causan un alto nivel de ansiedad” (Barker 369), desconectando sus emociones de su origen. Aunque el individuo se tranquiliza no debemos olvidar que derivados o formas sustitutivas, angustia, culpa, o vergüenza, etc., se presentarán hacia el futuro. Y además, el individuo no podrá identificar el origen de estos sentimientos por los efectos de la represión. Segundo, en referencia al vector de la toma de responsabilidad, las memorias de Cela no evidencian, como ya lo he comentado en la sección, responsabilidad moral y remordimientos, que éste haya hecho estimación alguna de su conducta con respecto a perjuicios que pudieran estar derivados de su apoyo al franquismo ni al

terminar la guerra ni en el momento en que escribe sus memorias, cincuenta y tres años después de terminada ésta. Considero aquí que los mecanismos de defensa usados por el aparato psíquico de Cela para equilibrarlo emocionalmente durante la Guerra Civil y al terminar ésta como lo explicaré inmediatamente, tienen que ver con esta ausencia de toma de responsabilidad.

Dethlefsen y Dahlke han dicho que el miedo a asumir responsabilidad está en primer término en las depresiones que se producen cuando la persona tiene que entrar en una nueva etapa de su vida (217) y Cela sufre su depresión precisamente en esta fase de transición, cuando ha terminado la guerra y la etapa de su vida civil comienza. O sea, de acuerdo a esto, aquí en este momento de transición en su vida, Cela debió haberse enfrentado con la toma de responsabilidad por sus acciones del pasado.

El paso de una etapa de la vida a otra lleva ineludiblemente a todo ser humano a hacer un balance de los pros y contras de su conducta de la fase que termina. Es un examen de conciencia de las acciones y sus consecuencias dentro de la nueva fase de vida que comienza. Examen este en el que puede surgir la culpa mezclada con otros sentimientos. No debemos olvidar que Cela llega a esta etapa transitoria de su vida sufriendo, desde la reciente Guerra Civil, de remordimientos y sintiéndose insolidario (284). Por cierto, el remordimiento sólo aparece ante una acción propia sentida como reprochable o censurable y el sentimiento de sentirse insolidario se origina cuando nuestras acciones no reflejan la búsqueda del bien común sino individual haciéndonos sentir egoístas y malintencionados.

En este examen de conciencia, Cela tuvo que haber sufrido una gran incomodidad y desasosiego emocional por la mezcla de sentimientos experimentados: remordimiento, insolidaridad, culpa, más la agravante circunstancia de verse abocado a asumir responsabilidad por sus acciones pasadas. Apoyándome en la teoría de Dethlefsen y Dahlke, considero que ante

la toma de responsabilidad que Cela enfrenta su depresión aflora. Ésta paraliza su energía y cualquier acción física o mental queda pospuesta porque no hay la energía para tomar una decisión. Es aquí cuando el tercer vector aparece y como es expresado por Dethlefsen y Dahlke, trata de huir de su sentimiento de culpabilidad y responsabilidad temida intentando suicidarse.

Ante el fallido intento de suicidio, el aparato psíquico de Cela comienza a trabajar, como lo hace en toda eventualidad de crisis emocional en un individuo, para protegerlo y devolverle su homeostasis emocional a través de los mecanismos de defensa de la represión y la racionalización. Por un lado, este último buscará el camino para explicar o justificar las acciones o pensamientos inaceptables en acciones aceptables (Barker 360) y le ayudará a rehuir, o no tener que tomar responsabilidad por sus acciones, porque estas serán justificadas por el propio individuo con base en un nuevo razonamiento. Además, como beneficio secundario le proporcionará la esperanza de que no tendrá juicios éticos de su sociedad. Este mecanismo de racionalización le ayudó a Cela a elaborar una justificación por su apoyo al franquismo y le evito asumir la correspondiente responsabilidad por esta acción: “en todo caso [...] no hubiera tenido opción porque ni me la brindaron siquiera por el solo hecho de vivir en el barrio Salamanca” (215). Por el otro lado, el mecanismo de la represión se encargó de la culpa conectada a sus acciones del pasado, llevándola y manteniéndola en el inconsciente; desconectándola de su origen y manteniéndola así aislada de la conciencia.

Aquí se encuentra entonces, en el fenómeno de la represión, la explicación del por qué en Cela hay una ausencia de conciencia para conectar su malestar emocional de remordimiento e insolidaridad sufrido desde su participación en la Guerra Civil con una acción determinada de conducta de sí mismo, “no sé bien de qué” [...] “¿por qué así?” (284). Igualmente, este

fenómeno psíquico explicaría la inexistencia en la toma de responsabilidad moral de su parte al apoyar a Franco.

De todos modos, su culpa, su remordimiento y sentimiento de insolidaridad continuaron generando tensión interior en él porque no fueron eliminadas ni resueltas sino reprimidas. Y en un susurro audible sólo para él, permanecieron perturbándolo para el resto de sus días: “desde entonces tengo la vaga sensación de remorderme siempre un poco la conciencia [...] desde entonces me acompaña siempre un confuso palpito de que en mi alma habita la insolidaridad (284). Y verdaderamente como él mismo lo expresa, estos sentimientos no se hubieran podido explicar con las herramientas de la razón (284) porque son inconscientes.

De Cela señalo que padeció de un trastorno del estado de ánimo y de ansiedad. El trastorno del estado de ánimo en el *Manual diagnóstico y estadístico de los desórdenes mentales*, DSM IV, es clasificado como un desorden depresivo mayor (369). De acuerdo a este manual, los estudios han señalado que severos estresores psicológicos juegan un papel significativo en la precipitación de la aparición de éste (373). Además, es asociado con una alta mortalidad donde un 15% de los individuos que lo sufren mueren por suicidio (371). En cuanto al trastorno de ansiedad, DSM IV clasifica éste como un trastorno por estrés traumático (429). De acuerdo a sus directrices, los individuos que lo sufren han estado expuestos a acontecimientos extremadamente traumáticos entre otros: combates militares, violentos asaltos, torturas, han experimentando o presenciando muertes y amenazas para su integridad física o la de los demás causando síntomas de aflicción, agotamiento y angustia (463). Asimismo, el desorden emocional puede ser severo o de larga duración cuando el acontecimiento que lo ha originado ha sido producto de acciones humanas (464).

En cuanto a Pascual, dos aspectos hay que considerar en su vida, además del estrés soportado por la desilusión generada en la actitud desafectiva de su madre, a saber: primero, Pascual no tuvo padres que pudieran modelar para él conductas socialmente aceptables. Las respuestas ante situaciones frustrantes y conflictivas fueron modeladas como una reacción instintiva-no cognitiva y no desde la adecuada respuesta cognitiva-moral. Su proceso de socialización, “en virtud del cual el individuo se convierte en miembro de su grupo social a través de la adquisición de los valores, los motivos y las conductas del grupo” (Mussen et al. 276-77), nunca se dio como tal. Pero esperar un proceso de socialización adecuado desde los padres de Pascual está fuera de todo contexto y no tiene sentido porque ellos estaban desposeídos de cualquier cualidad para educar a su prole. El segundo aspecto hace referencia al abuso físico propinado por su padre durante su infancia y al abuso emocional sufrido a manos de su madre durante toda su vida, abuso que más daño le causó. Al respecto, Mussen, Conger y Kagan dicen: “la clase de padres que el niño tenga y las clases de relaciones que sostenga con ellos siguen siendo, para el niño común y corriente, los factores ambientales más importantes por lo que respecta a la determinación de la clase de persona que llegará a ser” (539).

La mezcla de socialización inadecuada más abuso emocional y físico fue altamente tóxica y deteriorante en Pascual durante las fases de su niñez y adolescencia. Él vivió con una intensa desilusión que le generó frustración y sufrimiento. Se sintió rechazado y no amado, lo cual no debe extrañarnos porque estos sentimientos han sido documentados como observados en niños maltratados (Kempe et al. 40). Toda frustración, como ya lo hemos comentado, genera irritación e ira pero Pascual en su infancia y, quizás también en su adolescencia, no se atrevió a exteriorizarla. Esta ira contenida creció junto con él y en su adultez la liberación de este sentimiento fue fácil y se dio con una violencia estruendosa porque, primero, ya no era más un

niño atemorizado por adultos y segundo, porque había aprendido a través de sus padres que la comunicación con el otro y las descargas de tensiones, incluso las sexuales, se podían dar en un acto agresivo. De esta manera, Pascual quedó inhabilitado para soportar de manera decente y moral sus frustraciones y conflictos.

Una interesante y muy conveniente explicación para poder entender la evolución de la conducta de Pascual nos la proporciona Micheline Lacasse con respecto a una intensa desilusión que genera frustración y sufrimiento. Para esta psicoterapeuta, la frustración y el sufrimiento que se convierten en ira por carencias de la infancia, bloquean la energía vital que debiera circular con fluidez en el sistema nervioso (89). Este bloqueo, de acuerdo a ella, es el sistema de protección que ayuda al individuo a no sucumbir ante las agresiones recibidas pero origina desajustes a largo plazo llevando al individuo a actuar “mediante reacciones que, lamentablemente, son desproporcionadas: o demasiado fuertes o demasiado débiles para la situación en que se desencadenan” (89). Con el bloqueo se inicia una secuencia, a saber: ante la energía vital bloqueada, el individuo no podrá desarrollar todas sus potencialidades originando limitaciones (128). Al percibir estas limitaciones, la autoestima se deteriorará, se desvaloriza o sobreestima, y el individuo pierde confianza en sí mismo. Empieza a sentirse amenazado y su conducta se moverá desde una agresión excesiva a una actitud pasiva (128).

A propósito del daño emocional originado por abuso emocional y físico en niños, Lacasse nos dice: “Hay seres heridos tan profundamente desde su concepción que sólo pueden refugiarse, durante el resto de su vida, en alguna forma de criminalidad o de trastornos mentales” (51). Pascual se refugió tanto en la criminalidad como en el trastorno mental. Las investigaciones psicológicas han evidenciado que individuos que violan la ley frecuentemente, niños delincuentes y criminales juveniles violentos, han sido maltratados durante su infancia (Kempe

et al. 84). Ahora, si alguna afección mental aqueja a Pascual como producto de sus padecimientos emocionales, desilusión y frustración, es la del trastorno distímico en coexistencia con el trastorno explosivo intermitente.

De acuerdo al DSM IV, el trastorno distímico, trastorno del estado de ánimo, se caracteriza por el humor deprimido (376). En este trastorno los síntomas de depresión son crónicos y menos severos que en el desorden depresivo mayor, padecido por Cela; además, el individuo los ha experimentado por muchos años en su vida (379). Por cierto, Pascual debió haber experimentado depresión desde su niñez debido a la severidad de su abuso. Entre los síntomas observables de la distimia se encuentran: pérdida o aumento del apetito, insomnio o hipersomnias, baja energía o fatiga, baja autoestima, concentración pobre o dificultad para tomar decisiones y sentimientos de desesperanza (377). Para hacer el diagnóstico de este trastorno el individuo debe haber padecido al menos dos de los síntomas descritos arriba (380).

Con respecto a Pascual, en él son observables dos de estos síntomas: la baja autoestima y los sentimientos de desesperanza; esta última está conectada a su desilusión por la actitud y aptitud afectiva de su madre. Su baja autoestima y sentimientos de desesperanza se evidencian en su concepción negativa de sí mismo creyéndose un hombre maldito, anticipando siempre el fracaso y sin esperanzas de una mejor vida en el futuro; en su creencia que no hay alguien que lo pueda querer; en su sentimiento de soledad y aislamiento aunque tiene amigos y vive rodeado por miembros de la familia; en su intolerancia a la mínima situación frustrante; en su sensibilidad extrema a la crítica o rechazo y en su sentimiento de minusvalía e insuficiencia masculina que fomenta una actitud a flor de piel, defensiva-agresiva excesiva.

En cuanto al trastorno explosivo intermitente, trastorno del control de los impulsos, se caracteriza por la falla a resistirse a los impulsos agresivos y el grado de agresión exhibido es

desproporcionado en relación al estresor psicológico que lo provoca. Serios ataques a otros, amenazas verbales, golpes y heridas, o la destrucción de propiedad son los síntomas observables (DSM IV 663) en los individuos que lo padecen. Todas estas conductas se observan en Pascual. Sus impulsos y agresión fuera de control lo llevan a matar a dos animales indefensos, a su perra, la Chispa, con su escopeta y a su yegua con un puñal, a abusar sexualmente de Lola antes de casarse con ella y a herir a su amigo Zacarías con una navaja porque considera que éste se burla de él. Mata a golpes al amante de su primera esposa, el Estirao, y finaliza la racha de agresiones asesinando a su madre con un cuchillo y al conde Torremejía en circunstancias desconocidas.

Ciertamente, Pascual no cayó en una depresión profunda, como la padeció Cela, porque aunque reprimió su agresión en su infancia más tarde, por un lado, la sublimizó transformando parte de la agresión que lo perturbaba o incomodaba en una actividad socialmente aceptable como lo fue la cacería o, en otros momentos la vida misma le proporcionó la oportunidad de sublimización como cuando ayuda a encerrar a su padre en la alacena (el uso del ‘nosotros’ en el relato de este incidente así lo señala) lugar donde muere su progenitor después que un perro rabioso lo muerde: “Dos días hacia que a mi padre lo teníamos en la alacena [...] le había mordido un perro rabioso [...] como el pobre no tenía arreglo, nos industriamos para encerrarlo con la ayuda de algunos vecinos [...] ¡Dios, qué fuerza hubimos de hacer todos para reducirlo” (54-55). Por otro lado, la agresión que no pudo ser sublimizada fue exteriorizada en una mezcla de furia por su pasado y un desquite en su presente. Sus víctimas no fueron los culpables de su lejano sufrimiento, pero le fueron útiles para aliviar la intensidad de su encono arrastrado desde su infancia.

No he considerado a Pascual víctima de estos trastornos emocionales porque la aparición y desarrollo de su distimia y desorden explosivo intermitente se originaron y desarrollaron por el

abuso infligido por sus padres. Víctima es de acuerdo al *Diccionario de la Asociación Americana de Psicología*: “an individual who is the target of another person’s violent, discriminatory, harassing, or assaultive behaviors” (982). Pascual a manos de sus progenitores tuvo un sufrimiento emocional debido a la violencia intrafamiliar de la que fue objeto y el derivado de este sufrimiento fueron sus trastornos emocionales que nos comunican algo sobre su vida.

De este modo, su trastorno distímico nos habla de su tragedia emocional de dolor, desilusión y desesperanza. Su trastorno explosivo intermitente nos habla del niño y adolescente que a través de un proceso de socialización inadecuado fue mal preparado para construir su propia vida en común unión con otros seres humanos. En cualquier caso, los dos trastornos coexistieron perturbando su paz interior, conspirando contra su autorrealización y felicidad. Ellos nos señalan su drama interior y derrota como víctima que fue del maltrato físico y emocional y del papel inadecuado de sus figuras parentales para enseñarle las conductas adecuadas para enfrentar saludablemente los conflictos personales.

LA RAZÓN DE UNA ACCIÓN

Es mi interés en esta sección tratar la razón o razones que condujeron a Cela a unirse a los nacionales y a Pascual a asesinar a su madre. Al usar las memorias de ambos para llevar a cabo esta búsqueda soy consciente de que, como lo dice D. W. McPheeters en su libro, *Camilo José Cela*: “one realizes that they [entrevistas hechas a Cela y otras fuentes sobre el escritor] tell what the novelist is willing to reveal of his own life up to certain point and no more” (15). Esta opinión por parte de McPheeters con respecto a Cela hay que considerarla también para Pascual y sus memorias. Aún así, he tomado el riesgo de llevar a cabo este análisis y hacer mi personal interpretación basándome en lo que ambos están dispuestos a revelar de su propia vida.

Cela: de lo político a lo personal

Con respecto a su aprendizaje en sus primeros siete años, Cela, en *La rosa*, expresa sobre sí mismo lo siguiente: “Yo sé muy bien todo lo que en mi personaje de hoy hay de heredero o de aprendido en sus primeros años” (18) y, es aquí precisamente, en su educación familiar y escolar donde encuentro la razón por la cual Cela se une a la causa nacionalista.

Ambas entidades se ocuparon de transmitirle a Cela conocimientos, valores y costumbres tradicionales-conservadoras imbuidas en los principios religiosos católicos los cuales eran afines a los principios nacionalistas: “The dominant values of everyday life in the Nationalist zone were Catholic” (Paul Preston 225).

Cela en *La rosa*, sus primeras memorias, donde describe sus siete primeros años, comenta que se crió en el seno de dos familias conservadoras (52, 119). Ambas familias profesan la religión católica y Cela es bautizado (76) y hace su primera comunión (76) siguiendo los principios religiosos.

Su familia, tanto materna como paterna, como los empleados de éstas, en el diario vivir de sus primeros siete años, le dieron aleccionadoras enseñanzas religiosas. De este manera, su madre le enseña que una oración le sirve para sentirse seguro y alejar al demonio en un momento que experimenta miedo de éste: “«Jesusito de mi vida, tú eres niño como yo, si esa mariposita (o ese pajarito, o esa gallinita, o lo que sea) es el demonio, espántalo para que me deje en paz»” (96), como también le enseña que los niños cuando mueren van al cielo (98). Su abuela materna le expresa que cuando los niños no se comportan adecuadamente ofenden a Jesús, “el Nino Jesús se disgusta mucho” (106); que Dios es infinitamente bueno y generoso (246); que es el señor y rey de todo el mundo y un buen cristiano no debe temer llamarlo por su nombre, que es Dios (247).

Su tía paterna Camila le recuerda que antes de comer se debe orar y bendecir los alimentos (167), acto que también llevaba a cabo en casa de sus abuelos maternos (167) en sus vacaciones de verano. Va a misa los domingos (246) y por una sola vez asiste a clase de catequesis con el cura, don Evelino en Iría (270). Su familia celebra la natividad de Jesucristo con la representación escultórica de su nacimiento (255). El jardinero de su abuela materna, Juan, a quien Cela le toma cariño, le comenta que el que es bueno va al cielo y el que no va al infierno a vivir con Barrabás y, además, en las manos de Dios está decidir quién muere y quién no (245). Y finalmente, como es narrado en sus segundas memorias, ejercita el acto de contrición a través de la confesión cuando siente que ha ofendido a Dios (38).

En su familia, Cela, también, recibió una aleccionadora enseñanza basada en los estereotipos de género, enseñanza sexista con una clara y rígida división de la conducta que se espera de un hombre y de una mujer. Esta educación familiar seguía los valores católicos y nacionalistas sobre la formación y el actuar femeninos: “An image of Nationalist women as

virgins or good Mothers – unblemished, passive, submissive and pious guardians of the moral order – was propagated through the Church” (Preston 225). Los siguientes relatos de Cela, en *La rosa*, ejemplifican este tipo de educación: “En mi casa echaron las campanas a vuelo cuando nací; fue muy festejada mi decisión de haber nacido macho y no hembra” (74); la abuela materna le refrena sus emociones recordándole que “no es costumbre que los hombres lloren” (94) o muestren sus sentimientos (244). Además, aquí en *La rosa*, Cela revela su pensamiento adolescente sobre la mujer: “La mujer no es para ser amada, es para ser tenida y poseída” (181).

Asimismo, Cela aprende sobre las jerarquías de clase a través de su educación familiar y escolar. En su familia, variados incidentes son narrados por Cela donde se evidencia esta enseñanza clasista. Así por ejemplo, su abuela materna al corregirlo por su mal comportamiento le expresa, “un niño fino no debe tirar piedras ni decir palabras feas. ¿Tú eres un niño fino?” Y Cela responde, “Sí, abuelita” (106) o cuando llora, ella vuelve a recordarle que un niño fino no manifiesta sus sentimientos (244). En otro incidente al comentarle a su abuela materna su preocupación de creer que terminará trabajando en una fábrica, ésta le contesta: “Tú no iras jamás a una fabrica... [...] te pareces más a Lord Byron que a Edison, ten la seguridad” (267). Ahora, con respecto a la enseñanza escolar clasista (27), ésta ha sido ya anteriormente documentada en la sección, *Desilusiones* de esta tesis (vid. páginas 8-10).

Cela ha escrito en *La rosa* que asistió a escuelas católicas desde su temprana niñez (25) y en los momentos en que es expulsado de éstas, sus padres contratan un preceptor eclesiástico (47; 85) para que lo prepare para el próximo año escolar y la nueva escuela. De acuerdo a Pere Fullana y Feliciano Montero, estas instituciones religiosas, de enseñanza primaria como secundaria, “A partir de la Restauración de 1875 [...] tuvieron un papel decisivo como elementos de recristianización y como espacios de reproducción de valores religiosos” (37). Ellas daban

una gran importancia y dedicación de tiempo a los ejercicios de piedad e instrucción religiosa (Ana Yetano 117). La enseñanza de materias como las ciencias quedaban relegadas a un segundo lugar y la instrucción de ellas se realizaba desde la concepción teológica (Yetano 84; 113). La orden de los escolapios nos brinda un ejemplo de la organización del horario escolar que su fundador aconsejaba llevar en las escuelas de la comunidad:

Un cuarto de hora por la mañana y otro por la tarde para la enseñanza religiosa [...] el último cuarto de hora de cada clase, expongan los maestros algo concerniente al temor de Dios y la piedad [...] cualquier ejercicio de la materia que fuese puede y debe ser utilizada para la formación de la piedad, lecturas, ejercicio de escrituras, rudimentos de gramática [Además, se recomendaban tener] clases de catecismo [...] Prácticas de piedad como la Misa, los rezos antes de la clase, al dar el reloj la hora, plegaria al Sacramento en el Altar y a la Santísima Virgen, comuniones, confesiones [...] Oración continua: grupos de 9 niños que se van sucediendo para rezar durante media hora [y] el trato con el confesor o director espiritual. (Yetano 116-17)

Finalmente, Yetano expresa, “nadie como estas instituciones religiosas ha tenido en España una plataforma tan eficaz de configuración de los espíritus juveniles” (80).

En *Memorias, entendimientos y voluntades*, Cela nos relata que en Vigo asiste a dos escuelas para párvulos, la escuela de las monjas de St. Joseph de Cluny (25) y a la escuela de los jesuitas en Bellas Vistas (27). En Madrid ingresa a la escuela de los escolapios (43) y cuando es expulsado continúa sus clases en casa de su familia con el cura don Fáfila (47). Su próximo año escolar lo inicia en la escuela de los maristas (65) y cuando es echado de esta escuela (66) vuelve

a recibir clases privadas con el cura don Nazario R (85) para más tarde terminar su bachillerato en la academia preparatoria de Aduanas de su padre.

Estas instituciones escolares en su instrucción caminaron en común unión con las enseñanzas familiares. Ya en su infancia se observa la práctica de los valores tradicionales religiosos y culturales aprendidos. Como es descrito en *La rosa*, Cela le dice a su tía paterna Camila que hará el sacrificio de comerse el huevo con sal que no le gusta ofreciéndoselo al Niño Jesús (167) y su tía le responde, “Es lo menos que un buen cristiano debe hacer” (167); cuando usa la oración para hacer pedidos especiales a Dios, como cuando le expresa a Juan, el jardinero, que rezará todas las noches para que cuando muera vaya el cielo (246) y cuando éste muere se acerca al cementerio para rezar enfrente de su sepultura, “un emocionado y confuso padrenuestro, con incrustaciones de mi espontánea cosecha: —Padre nuestro que estás en los cielos, llévate a Juan, el jardinero, que siempre se portó tan bien en esta vida...” (246). Así, también, a sus siete años exhibe abiertamente y con orgullo su aprendida conducta sexista al visitar el monasterio de Herbón con su familia. A los hombres les es permitido entrar a la clausura pero no a las mujeres. Al Cela salir del monasterio, su prima Nina le pregunta qué hay adentro: “Yo estuve por responderle la verdad —«no hay nada Nina»— pero me contuve: —Algo que las mujeres no podéis ver. ¿No te das cuenta de que os dejaron afuera? Algo que es sólo para hombres...Le volví la espalda con un elegante gesto triunfador” (312).

Escribiendo sus dos memorias *La rosa* y *Memorias, entendimientos y voluntades*, Cela pone en evidencia que, aunque desilusionado de la iglesia católica por su proceder, los valores religiosos, culturales y sociales inculcados por esta institución y su familia todavía hacían parte de él en su adultez y vejez. La apropiación del concepto teológico de Dios como suprema deidad resalta en ambas memorias, como también el reconocimiento de sus atributos como ser

omnisciente, omnipotente, omnibenevolente y omnipresente. Así pues, en *La rosa*, expresa, “Desde entonces [desde que su abuela materna le expresó que Dios era bueno] vengo pensando que la gente va al cielo porque el que es bueno, muy bueno, infinitamente bueno y generoso, es Dios” (246). En otros pasajes, pide perdón a Dios al sentir que puede estar ofendiéndolo por los sentimientos de odio que albergó, sin razón alguna, durante su niñez contra un amigo de la familia materna (121); al escribir sobre Rego, el guarda del paso a nivel en su infancia, y creyéndolo muerto en 1959 escribe: “Y descanse también en el Señor —y en su inefable paz— [...] Que Él, en su bondad infinita, lo haya acogido en el neutro seno que destina a los memos, a los lelos y a los gilís. Amén” (137), y en otro pasaje se muestra agradecido a Dios por haberle “dotado de un culo inquieto, bullidor y excursionista, tanto como por haberme librado de un culo estático, ordenancista y aburrido” (140).

En sus segundas memorias, narrando sobre sus pensamientos al final de la Guerra Civil dice, “lo que no sé es lo que va a pasar ahora, eso solo lo sabe Dios y a lo mejor tampoco, pensar en las ignorancias de Dios debe ser pecado” (434). Además, se confiesa de un “pecado de ingratitud” (403) cometido en el pasado y expresa al respecto, “Dios todopoderoso podría mandarme a arder en el infierno para toda la eternidad, pero pienso que quizá, en su misericordia infinita, se apiade de mí y de la vergüenza que ahora siento y declaro” (406).

Sus dos memorias, también, evidencian que vivió hasta su vejez con el sexismo con el que fue educado: los hombres tienen unos derechos que las mujeres no tienen y deben comportarse diferente a ellas, etc. En *La rosa* ha escrito, “Mi idea es que la mujer casada debe estudiar para esposa, como su marido de joven estudió para médico, para arquitecto, o para licenciado en ciencias químicas” (64) o como cuando escribiendo sobre su madre, expresa, “Hay dos clases de inglesas: las inglesas de verdad, que son escasas, románticas y espirituales, y las

inglesas al uso, que son numerosas, sufragistas y miembros de las sociedades protectoras de animales. Mi madre es una inglesa de verdad” (70).

En *Memorias, entendimientos y voluntades*, compara a la mujer con el demonio (358) y al escribir sobre quién se lleva el premio de la necedad entre los dos sexos, aunque señala que, “no hay más mujeres tontas que hombre tontos” (81) considera que a la mujer se le nota más la tontería, “porque lo pregonan en voz alta y con mas indiscreción” (81). Por último, debo señalar que su educación basada en la diferencia de clases, también, quedó impresa en su vida lo cual se observa cuando escribe en estas memorias: “las mezclas [de clases sociales] nunca fueron buenas aunque ahora se preconice lo contrario” (327).

Yetano ha expresado que las órdenes religiosas de la época llevaron a cabo una labor lenta pero incesante y contaron con el tiempo necesario para modelar el espíritu de los niños de una manera imborrable (106) y, así pues, los valores conservadores que perduraron en Cela hasta su vejez confirman lo señalado por ella. Yetano, además, estima que estas órdenes religiosas concentraron todos sus esfuerzos en presentar el catolicismo como la única opción de vida a cualquier otra alternativa (82) e, “Indudablemente, esta concepción íntima y general en las comunidades de religiosos educadores, de las dos Españas, una genuina y otra falsa, va a ir haciendo una labor eficaz de preparación de las mentalidades católicas para un enfrentamiento civil como el que supuso la guerra de 1936” (82).

En Cela esa labor educativa lo llevó a hacer una elección de vida en su temprana juventud y al unirse a los nacionales y apoyar a Franco, demostró que los valores religiosos y costumbres socio-culturales conservadoras con las cuales fue instruido en las escuelas católicas y en su familia vivían arraigadamente en él.

Pascual: de la esperanza a la desesperanza

La esperanza es un sentimiento que nos habla de la ilusión por conseguir aquello de lo que carecemos. Y la obstinada terquedad de Pascual de permanecer en casa con su madre, tiene origen en su esperanza de verla transformada en una figura maternal afectuosa y tierna con él. Esta necesidad nace de, en primer lugar, convencerse que ella se siente complacida de que él sea su hijo, probarse que él tiene un valor emocional para ella y es digno de su amor. Segundo, deshacerse de su sentimiento de infelicidad causado por ese desamor maternal y, tercero, resolver la angustia de sentirse solo y aislado.

El psicoanalista Erich Fromm nos ayuda a entender esta obstinada terquedad cuando expresa que tanto en la niñez como en la adultez, el ser humano experimenta el deseo intenso de recibir amor materno y si el amor de la madre “existe, es como una bendición; si no existe, es como si toda la belleza hubiera desaparecido de la vida –y nada puedo hacer para crearla” (46). Y, ciertamente, en referencia a la primera necesidad de Pascual, el desafecto maternal fue un infortunio porque le inculcó que era un ser indeseable, desprovisto de valor e indigno de ser amado. Pascual rehúsa aceptar que su madre no se siente complacida con él; no puede aceptar que para ella, él no tenga un valor emocional y no sea digno de su amor. Él necesitaba comprender qué había tan malo en él, “yo señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo” (25), para ser indigno del amor de la mujer que lo ha parido, porque con parirlo, como el mismo Pascual dice, no le hizo ningún favor (177). Fromm al respecto manifiesta: “El amor materno [...] hace sentir al niño: es una suerte haber nacido” (55) pero Pascual sentía que haber nacido había sido un infortunio.

En segundo lugar, indudablemente, Pascual no pudo ser feliz al sentirse indeseado por su propia madre; esta actitud desafectiva maternal originó infelicidad al sentirse rechazado. Este

amargo sentimiento era más llevadero en su ilusión de creer que su madre se tornaría amorosa con él. Si esto se daba, entonces, podía deshacerse de esa infelicidad con la que había cargado desde su niñez. En sus memorias, en tres diferentes ocasiones, se evidencia su esperanza de conseguir un cambio afectivo en la actitud de su madre. De esta manera, cuando Pascual se aleja de casa por voluntad propia, al final de sus dos años de ausencia, comienza a sentir añoranza por los suyos y empieza a imaginarse que podría “ser bien recibido” (136) por su familia al regresar. Ese ‘bien recibido’ en el caso de Pascual, señala un tratamiento cariñoso y la ilusión de no encontrar dolorosos desafectos y dañinas actitudes, donde su madre tiene el papel más preponderante. Su ilusión se desvanece al regresar y descubrir que ella, su madre, fue la alcahueta de los amoríos extramaritales de su esposa, Lola, en su ausencia.

La esperanza vuelve a reaparecer cuando después de purgar tres años en la cárcel por la muerte del Estirao, regresa a casa. Mientras espera el tren, cavila sobre el reencuentro con su familia y manifiesta su deseo de que su madre haya cambiado: “en [el pueblo de Chinchilla] no estuve sino el tiempo justo que necesité para tomar el tren que me había de devolver al pueblo, a mi casa, a mi familia [...] a mi madre que en tres años a lo mejor Dios había querido suavizar” (153). Pero el recibimiento que su madre le da nada tiene de maternal: “Estoy por asegurar que mi madre hubiera preferido no verme. Los odios de otros tiempos parecían como querer volver a hacer presa en mí. Yo trataba de ahuyentarlos, de echarlos a un lado” (162). Finalmente, en el cercano tiempo antes de asesinar a su madre y ya casado con Esperanza, Pascual deja entrever que su ilusión todavía no se había extinguido cuando dice: “Llevábamos ya dos meses casados cuando me fue dado el observar que mi madre seguía usando de las mismas mañas y de iguales malas artes que antes” (170). Sus próximas palabras: “Me quemaba la sangre con su ademán, siempre huraño y como despegado” (170), muestran el grado extremo de desasosiego y malestar

que su madre producía en él con su conducta. Pascual señala, específicamente, dos actitudes: huraña y desapegada, dos características que una madre amorosa nunca asumiría.

Esta conducta de su madre le manifestaba a Pascual que él no era amado y no estaba equivocado. El amor es un sentimiento, de acuerdo a Fromm, donde el cuidado, la responsabilidad, el respeto y conocimiento por el otro son imprescindibles (34). El cuidado se evidencia en la preocupación que sentimos por la vida y el crecimiento de lo que se ama (34-35); la responsabilidad, en las respuestas que se dan ante las necesidades del otro (36) y el respeto y el conocimiento, en la aceptación de ese ser tal como es, sin querer que sea como nosotros o como pensamos que debe ser, para llegar a su conocimiento objetivo (36-37). Ciertamente, en la madre de Pascual no se observa ninguna preocupación por el cuidado de él. No fue responsable como madre porque no le dio respuestas a sus necesidades emocionales y no supo, no quiso o no pudo respetarlo ni conocerlo en su propia naturaleza: “¡Ay, si tu padre Esteban viera tu poco arranque! (115). Ella ejerció los antónimos del amor, descuido, desinterés y acritud en todas las formas posibles.

Este desamor materno generó en Pascual sentimientos de soledad y aislamiento. Él se sentía solo y aislado no sólo de su familia sino, además, del resto del mundo: “Tres mujeres hubieron de rodearme cuando Pascualillo nos abandonó; tres mujeres a las que por algún vínculo estaba unido, aunque a veces me encontrase tan extraño a ellas como al primer desconocido que pasase, tan desligado de ellas como del resto del mundo” (109). En otra parte de sus memorias al hablar de este sentimiento dice:

Al correr los días y las noches nos vamos volviendo huraños, solitarios; [...]. Los que nos rodean se acostumbraron ya a nuestra adustez y ya ni extrañan siquiera

nuestro extraño ser. Pero un día el mal crece, como los árboles, y engorda, y ya no saludamos a la gente; y vuelven a sentirnos como raros. (172-73)

Tan huraño y aislado llega a tornarse que hasta deja de frecuentar la taberna de Martinete (176), lugar en el que se reunía con sus amigos.

Resolver y/o escapar a este sentimiento de soledad y aislamiento permaneciendo al lado de su madre, era para Pascual, igualmente, importante. Sobre este fenómeno psicológico, Fromm expresa que el niño hasta sus diez años vive para recibir amor pero no para producirlo: “el problema consiste casi exclusivamente en *ser amado* –en ser amado por lo que se es–” (46); es después de esta edad que el infante pasa a la etapa de dar amor, en otras palabras, de la pasividad a la actividad. La primera persona con la que se conecta es su madre que le ha enseñado que dar amor es gozoso. El infante empieza a dar amor a través de sus acciones, “un poema, un dibujo, o lo que fuere” (47). Cuando esto sucede, el egocentrismo, estado de narcisismo y autocentrismo, característico de la infancia, queda atrás porque al producir amor, el niño se conecta con el otro(s) activamente, abandonando su soledad y aislamiento. Si este desarrollo se trunca, como le sucede a Pascual, el futuro adulto quedará atrapado en su soledad y aislamiento originándose una gran angustia.

Recordemos que la teoría de Lacasse como la de Fromm señala, asimismo, el deterioro emocional que el individuo sufre cuando tiene carencias afectivas por el inadecuado cuidado parental (13). Así pues, Pascual no sólo está atrapado en su soledad y aislamiento, igualmente, está atrapado en sus limitaciones o potencialidades que le trajeron falta de autoestima y confianza.

Pascual rehúsa renunciar a su esperanza de recibir amor materno por todo lo que está emocionalmente en juego para él. Pero cuando su segunda esposa, la cual irónicamente se llama

Esperanza, le plantea que no puede soportar por más tiempo “el malquerer” (170) de su suegra y Pascual observa que su madre continúa con sus viejos hábitos de desamor, gestos huraños, actitud desapegada, conversaciones hirientes, mal intencionadas y fingidas, Pascual claudica. La desesperanza se instala y la desesperación gobierna. Para Fromm, “la insania o destrucción –de sí mismo o de los demás” aparece cuando el individuo fracasa en el logro de la consecución de abandonar su soledad y aislamiento (28). Y para Lacasse, la gran cólera de sentirse injustamente tratado enfrenta al individuo con la decisión de sobrevivir o sucumbir ante sus conflictos: “Si quiero sobrevivir, he de vengarme” (Lacasse 59).

Consecuentemente, Pascual escoge sobrevivir y buscar justicia en la destrucción de su progenitora. En tal sentido, sobre su decisión de preservar su vida tomando la vida de su madre escribe: “volverme atrás [no asesinar a su madre] hubiera sido imposible, hubiera sido fatal para mí, me hubiera conducido a la muerte, quien sabe si al suicidio. Me hubiera acabado por encontrar en el fondo del Guadiana, debajo de las ruedas del tren...” (175), y sobre su anhelo de de justicia manifiesta: “La conciencia no me remordería; no habría motivo. La conciencia sólo remuerde de las injusticias cometidas: de apalear a un niño, de derribar una golondrina...” (173-74). Y fiel a su elección, Pascual asesina a su madre: “Fue el momento mismo en que pude clavarle la hoja en la garganta... [...] La solté y salí huyendo... [...]. Cogí el campo y corrí, corrí sin descanso, durante horas enteras. El campo estaba fresco y una sensación como de alivio me corrió las venas. Podía respirar...” (179).

CONCLUSIÓN

Cela y Pascual hacen un viaje a su pasado a través de sus memorias compartiendo sus sentimientos y juicios de sus aventuras y desventuras con el lector, quien a su vez interpreta y analiza éstos desde su visión particular. Como lector de ellos mi personal punto de vista es originado en una concepción intelectual donde se considera que el ser humano en sus acciones y palabras es liderado por fuerzas conscientes e inconscientes y por su socialización y/o aprendizaje en su infancia. Con esta concepción he analizado las memorias de Camilo José Cela y las de Pascual Duarte, comprobando que ellas describen procesos emocionales que identifican condiciones mentales específicas en cada uno de ellos y las razones por las cuales el primero se une a los nacionales y el segundo asesina a su madre.

En referencia a los procesos emocionales es interesante encontrar que ambos tienen análogos procesos. Ellos experimentan desilusiones, se eximen de su responsabilidad moral — Cela al unirse a los nacionales y Pascual al asesinar a su madre— sufren remordimientos, se sienten victimizados y de sus victimarios realizan juicios con los cuales fue posible realizar un perfil psicológico. Este hallazgo lo he llamado interesante porque Buckley (1982) y Hoyle (1986) ya habían señalado semejanzas emocionales entre Cela y Pascual al expresar que ambos al escribir liberaban sus cargas producto de sus elecciones de vida. Buckley escribió al respecto, “El caso de Pascual Duarte, es también, el caso de Camilo José Cela” (98) y considero que esta frase de la misma manera aplica para el hallazgo de esta tesis en relación con los procesos emocionales padecidos por ambos.

En cuanto a las desilusiones de Pascual con respecto a su familia nuclear y extendida una jerarquización de esas desilusiones, donde su hermano Mario y su segunda esposa Esperanza son la excepción, señala que su madre es su desilusión capital y detrás de ella se ubican por orden

descendente en su desencanto su padre, su primera esposa Lola y su hermana, esta última excusada por sus actos de afecto y solidaridad para con él. En Cela su desilusión por la religión católica es experimentada desde su infancia cuando observa que esta institución en la práctica del bien con respecto a la caridad, misericordia y benevolencia deja mucho que desear. Este sentimiento por esta institución se arraiga aún más profundamente cuando sus representantes con sus acciones y palabras trabajan, en su opinión, para la gloria de Franco y no la gloria de Dios. Con respecto al partido nacionalista, su desilusión aflora al observar que allí, también, como en zona republicana, había desorden, abusos y persecuciones.

Adicionalmente, esta tesis pone en evidencia que en Cela y Pascual estas desilusiones se originan en el proceder de instituciones de orden social: familia, iglesia y política. Instituciones que juegan un importante papel en la comunidad al ser estructuras de tipo educativo y cultural. Para Cela y Pascual sus expectativas con respecto a éstas sufrieron algún descalabro.

Sobre la responsabilidad moral por su conducta criminal y específicamente en el acto de asesinar a su madre, en el caso de Pascual, y en el acto de unirse a los nacionales, en el de Cela, no se evidencia en ninguno de los dos una estimación de su conducta con respecto a perjuicios que pudieran estar derivados de sus acciones. Ambos estiman que fuerzas mayores les impidieron hacer otro tipo de elección en su vida asumiendo entonces un papel de víctimas. Cela se justifica aduciendo que no se le brindaron alternativas diferentes y Pascual culpa al destino y al débil control sobre sus impulsos heredados de sus padres.

En Cela he concluido que su ausencia de estimación por su conducta con respecto a perjuicios que pudieron estar derivados de su apoyo a Franco se debe al uso de la represión, mecanismo de defensa usado por su aparato psíquico en el momento que se vio enfrentado a la toma de responsabilidad moral al entrar a su vida civil después de terminar el conflicto bélico.

En Pascual su razonamiento para evadir su responsabilidad moral lo considero excusable viniendo de un hombre empobrecido cultural, educativa y emocionalmente. No obstante, a pesar de que ambos se eximen de su responsabilidad moral no pueden evitar experimentar remordimientos relacionados con sus actos de elección antes descritos.

En sus remordimientos ambos expresan estos diferentemente. Cela es sutil y precavido al hablar de estos sentimientos, especialmente de aquellos relacionados con la Guerra Civil. Pero su precaución y sutileza no impiden al lector leer entre líneas para concluir que desde su participación en este conflicto bélico hasta el momento en que escribía sus memorias, 53 años más tarde, sufría de remordimientos y culpas, y se percibía como un ser insolidario, además de sentir que había perdido el control de sí mismo, su dignidad y decencia. Por otro lado, Pascual escribe abiertamente sobre estos sentimientos y dice sentirse atribulado, arrepentido y deseoso de que su conducta en el pasado hubiese sido diferente.

Ahora, con respecto a sus victimarios, Cela ha señalado sentirse víctima de las condiciones políticas porque, según él, la situación en que se encontraba el país no le brindo una opción diferente (215). Al Cela sentirse victimas de las condiciones políticas del país, los partidos políticos: los nacionales con Franco como líder y los republicanos quienes nunca tuvieron, de acuerdo a él, un caudillo (440) han sido señalados como sus victimarios. Con respecto a Pascual, aunque él se considera víctima del destino y la herencia, y aunque los críticos lo ven como víctima de la sociedad, su familia y/o trastornos emocionales, yo lo he considerado víctima del abuso físico-emocional y de la inadecuada de socialización, ya que su “violencia homicida” (Jerrez Farrán 47) es el producto subsecuente y final de un proceso iniciado desde su temprana infancia por sus figuras parentales. Ahora bien, a su madre la he identificado como su victimaria puesto que ella fue profundamente negligente en su papel materno, primero, con su

abuso emocional causando un profundo daño psicológico en Pascual y, segundo, no protegiéndolo del abuso físico de su padre.

En lo referente a la descripción de características y rasgos que Cela y Pascual hacen de los victimarios identificados arriba, se evidencia una postura censuradora hacia ellos y ha permitido realizar un perfil psicológico de éstos. Así pues, para Cela ambos partidos carecieron de la actitud y aptitud política al no llevar a cabo, por una parte, acciones para el beneficio de los ciudadanos y, por otra, al conducirlos a vivir sucesos desgraciados. En referencia a Franco, en su actitud política lo recrimina y con sólo ocho palabras define su aptitud política al llamarlo “soldado de fortuna que todo le salía bien” (208). En sus características personales nos lo describe como un hombre materialmente ambicioso al que le gustaba dominar la vida y bienes de otros, tener el mando de forma indiscutible y ser adulado (435-36). Esta última característica, para Cela, fue la gran debilidad de Franco y por estas adulaciones, terminó creyéndose el caudillo que necesitaba España, tomando el mando y asentándose en el poder hasta su muerte.

Para Pascual, su madre, su victimaria, es quien suscita en él la más desagradable descripción entre todos los miembros de su familia, está desprovista de moralidad en su actitud y aptitud señalándola como una mujer violenta, vulgar, blasfemadora, infiel, borracha, ladrona y falsa. Y en su actitud afectiva, la reseña como una madre desapegada y huraña que actuaba más en contra que a favor de su familia y por esta errónea actitud llega a odiarla intensamente.

En relación con el desarrollo de trastornos mentales, éstos se observan en ambos como consecuencia de experiencias de vida y procesos emocionales vivenciados en estas experiencias. En Cela se manifiesta un desorden depresivo mayor y en Pascual un trastorno distímico. Este diagnóstico nos señala que ambos sufrieron depresión. En Cela su depresión fue aguda, en otras palabras, sus síntomas aparecieron de pronto, fueron severos y llegaron a ponerlo al borde del

suicidio, mientras en Pascual fueron crónicos, desarrollándose lentamente en forma moderada pero persistente a lo largo de su vida. Esta diferencia la he señalado producto del uso del mecanismo de defensa llamado sublimación, del cual, Pascual inconscientemente se sirvió, mas no Cela, a través de la cacería y otros hechos que la vida le propició y que fueron documentados a su debido tiempo en este trabajo.

En coexistencia con estos trastornos depresivos, asimismo, se observa en Cela un trastorno de ansiedad, clasificado como estrés traumático que lo he atribuido a sus experiencias vividas en el campo de batalla. Y en Pascual un trastorno del control de los impulsos, trastorno explosivo intermitente, que veo originado en su inadecuada socialización llevada a cabo por sus padres en su infancia.

En cualquier caso, la similitud de eventos emocionales en cada uno de ellos es interesante. El análogo proceso emocional vivenciado por ambos se evidencia en el siguiente esquema:

PASCUAL: Desilusión → Permanencia a pesar de la desilusión → sobrecarga de estrés → Estrés crónico → Trauma → Desequilibrio emocional → Depresión crónica en coexistencia con un trastorno de control de impulsos

CELA: Desilusión → Permanencia a pesar de la desilusión → sobrecarga de estrés → Estrés crónico → Trauma → Desequilibrio emocional → Depresión aguda en coexistencia con un estrés traumático

En lo que se refiere a la razón por la cual Cela se une a los nacionales, el tipo de educación familiar y escolar que describen sus memorias, me lleva a señalar que jugó un rol preponderante en su decisión de apoyar a Franco. Cela nació en el seno de una familia conservadora que profesaba la religión católica y fue enviado a escuelas católicas. Familia y

escuela educaron a Cela en valores sociales, culturales y religiosos tradicionales: la sociedad tiene unas jerarquías sociales, es patriarcal, hay una división en los papeles del género y existe un sólo Dios verdadero con la exclusión total de cualquier otra opción. Estos valores no fueron nada diferentes de los valores promulgados por el nacionalismo y si Cela se unió a los nacionales fue porque sentía que compartía con ellos actitudes y valores comunes.

Por lo que respecta a Pascual, el asesinato de su madre lo he fundamentado en la esperanza que pierde al ganarle la evidencia que su madre nunca sería para él una madre amorosa. La actitud afectiva de su madre, siempre huraña y desapegada, le señalaba que ella no se sentía complacida de él como hijo y que él no era valioso para ser amado. En Pascual, este desamor materno originó una gran infelicidad interior, sentimientos de soledad y aislamiento.

Pascual permanece al lado de su madre porque no perdía la esperanza de que ella se tornase amorosa con él. Si esto hubiese sucedido, él no se habría sentido más rechazado. Si ella se hubiese tornado amorosa con él, entonces, eso significaría que ella se sentía complacida en tenerlo como hijo y lo consideraba digno de su amor y, en consecuencia, él podría escapar y liberarse de su infelicidad, soledad y aislamiento con los que había vivido desde su infancia. La esperanza es lo último que se pierde y Pascual la perdió. Así pues, en su desesperación y desesperanza sintiéndose injustamente tratado por ella y al borde de hacerse daño a sí mismo, la asesina buscando justicia y supervivencia.

Paralelamente a las similitudes ya comentadas, entre Cela y Pascual ha surgido una más en el curso de esta tesis. Cada uno de ellos fue marcado en su conducta por los valores aprendidos en su infancia. En Pascual, estos valores lo llevaron a convertirse en un asesino y matricida. En Cela, éstos lo llevaron a unirse a los nacionales y a apoyar a Franco. Pascual

aprendió en su infancia que un acto agresivo era la solución a un conflicto o frustración y Cela, que los valores y costumbres tradicionales debían resguardarse.

Al final la diferencia en la vida de ambos es marcada por la muerte, esto es, mientras Cela sobrevive a la Guerra Civil española para una muerte lejana en la fase de su vejez a sus ochenta y cinco años, en enero del 2002, debido a complicaciones de una afección cardiorrespiratoria, Pascual sobrevive a la muerte de su madre sólo para encontrarse al poco tiempo en la cárcel por el asesinato del Conde Torremejía y enfrentarse, alrededor de sus cincuenta y cinco años (26) a la muerte por garrote.

OBRAS CITADAS

American Psychiatric Association. Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders.

Washington, DC: American Psychiatric Association, 2000. Print.

American Psychological Association. Dictionary of Psychology. Washington, DC: American

Psychological Association, 2006. Print

Aparicio, Juan. *Españoles con clave.* Barcelona: Luis De Cara H, 1945. Print.

Barker, Robert L. *The Social Work Dictionary.* 5th ed. Washington, DC: NASW PRESS, 2003.

Print.

Buckley, Ramón. *Raíces tradicionales de la novela contemporánea en España.* Barcelona:

Península, 1982. Print.

Brío Carretero, Clara del . “Técnica narrativa y configuración del protagonista en *La familia de*

Pascual Duarte.” *Epos: Revista de Filología* 18 (2002): 177-97. Print.

Cela, Camilo José. *La familia de Pascual Duarte.* Barcelona: Destino, 1991. Print.

---. *La Rosa.* Madrid: Espasa, 2002. Print.

---. *Memorias, entendimientos y voluntades.* Madrid: Espasa, 2002. Print.

Cenzano, Carlos E. “Espacio y palabra como elementos catárticos en el proceso de liberación de

Pascual Duarte.” *Letras Hispanas: Revista de Literatura y Cultura* 3.1 (2006): 44-53.

Print.

Dethlefsen, Thorwald., Rüdiger Dahlke. *La enfermedad como camino.* Trans. Ana M. De la

Fuente. Colombia: Plaza & Janés, 1993. Print.

Diccionario Esencial Santillana de la Lengua Española. Madrid: Santillana, 1991.

Print.

- Evans, Jo. "La familia de Pascual Duarte and the Search for Gender Identity." *Bulletin of Hispanic Studies* 71.2 (1994): 197-216. Print.
- Feldman, David M. "Camilo José Cela and *La familia de Pascual Duarte*." *Hispania* 44.4 (1961): 656-59. Print.
- Fenichel, Otto. *Teoría psicoanalítica de la neurosis*. Trans. Mario Carlisky. Buenos Aires: Paidós, 1979. Print.
- Fromm, Erich. *El arte de amar*. [Buenos Aires?]: Paidos Studio, [2000?]. Print.
- Fullana, Pere y Montero, Feliciano. *Los modelos educativos juveniles del movimiento católico en España (1868-1968)*. *Oficina del conocimiento abierto*. Universidad de Salamanca, n.d. Web. 28 enero 2011. <http://campus.usal.es/~revistas_trabajo/index.php/02120267/article/viewFile/6759/6745>.
- Hoyle, Alan. "La familia de Pascual Duarte: Psicoanálisis de la historia." *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, II*. Eds. A. David Kossoff et al. Madrid: Istmo, 1986. 1-11. Print.
- . *Cela: La familia de Pascual Duarte*. London: Grant & Cutler Ltd in association with Tamesis Books Ltd, 1994. Print.
- Jerez-Farrán, Carlos. "Pascual Duarte y la susceptibilidad viril." *Hispanófila* 95 32.2 (1989): 47-63. Print.
- Kempe, Ruth S. y Henry C. Kempe. *Niños maltratados*. Trans. Alfredo Guerra Miralles. 2da ed. Madrid: Morata, 1982. Print.
- Knickerbocker, Dale F. "Pascual Duarte y el narcisismo fóbico." *Revista Hispánica Moderna* 47.2 (1994): 407-20. Print.

Lacasse, Micheline. *Tengo una cita conmigo*. Trans. Ricardo Sanchís. España: Sal Térrea, 1994. Print.

Livingstone, Leon. "Ambivalence and Ambiguity in *La familia de Pascual Duarte*." *Studies in Honor of José Rubia Barcia*. Eds. Roberta Johnson and Paul C. Smith. Lincoln: Society of Spain and Spanish American Studies, 1982. 95-107. Print.

Manzo-Robledo, F. "El acto-espacial social con su código de comportamiento en *La familia de Pascual Duarte*." *Neophilologus* 86.2 (2002): 249-64. Print.

Marín Minguillón, Adolfo. "*La familia de Pascual Duarte* y el efecto esquizo." *Critical Essays on the Literatures of Spain and Spanish America. Society of Spain and Spanish America Studies*. Eds. Luis T. Gonzalez-del-Valle et al. Boulder: Soc. Of Spanish and Spanish-American Studies, (1991): 171-79. Print.

McIver Basore, Barbara. "Oedipus and Jocasta Inverted or How Pascual Duarte Grew to Hate His Mother and the Unpleasant Effects Thereof." Ed. Claire S. Paoline. New Orleans: Tulane University. 299-305. Print.

McPheeters, D. W. *Camilo José Cela*. Ed. Silvia E. Bowman. New York: Twayne's World Authors Series, 1969. Print.

Montes Huidobro, Matías. "Dinámica de la correlación existencial en *La familia de Pascual Duarte*." *Revista de Estudios Hispánicos* 16.2 (1982): 213-21. Print.

Mussen, Paul Henry, John Janeway Conger, and Jerome Kagan. *Desarrollo de la personalidad del niño*. México D. F: Editorial Trillas, 1977. Print.

Penuel, Arnold M. "The Psychology of Cultural Disintegration in Cela's *La familia de Pascual Duarte*." *Revista de Estudios Hispánicos* 16.3 (1982): 361-78. Print.

- Preston, Paul. *The Spanish Civil War: Reaction, Revolution and Revenge*. New York: W. W. Norton, 2007. Print.
- Rosenberg, John R. "La parábola de la palabra: La venganza de Pascual Duarte." *Camilo José Cela: Homage to a Nobel Prize*. Ed. Joaquin Roy. Coral Gables: U of Miami P, 1991. 41-48. Print.
- Rosenberg, John R. "Pascual Duarte and the Eye of the Beholder: Cela, Sartre, and the Metaphor of Vision." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 14.1 (1989): 149-60. Print.
- Sobejano, Gonzalo. *Novela española de nuestro tiempo*. Barcelona: Editorial Prensa Española, 1975. Print.
- Tinnel, Roger D. "Carl Jung, Pascual Duarte, Secret Stones, and the Individuation Process." *Papers on Language and Literature: A Journal for Scholars and Critics of language and Literature* 14 (1978): 91-94. Print.
- Torres-Ríoeseo, Arturo. "Camilo José Cela, primer novelista español contemporáneo." *Revista Hispanica Moderna: Columbia University Hispanic Studies* 28 (1962): 166-171. Print.
- Yetano Laguna, Ana. *La enseñanza religiosa en la España de la Restauración (1900-1920)*. Barcelona: Anthropos, 1988. *Gooble Book Search*. Web. 28 de enero 2011. <<http://books.google.com>>.

VITA

Graduate School
Southern Illinois University

Irma I. Villadiego

Date of Birth: October 11, 1956

704 Vine Street, Wamego, Kansas 66547

ivilladi@lycos.com

Universidad del Norte
Bachelor of Science, Psychology, December 1982

Universidad del Norte
Specialist, Human Resource Administration, March 1988

Special Honors and Awards: Graduated with honors, 1982

Thesis Title:

Cela y Pascual: vidas con puntos de encuentro

Major Professor: Jennifer Smith